





*Mitades,
perfectas*

Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2015, **Enya Reynoldi**

© 2017, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Abel Carretero Ernesto

Portada

María Alejandra Domínguez

Maquetación

María Alejandra Domínguez

Corrección

Mario Morenza

Impresión

QP Print

Revisión

Abel Carretero Ernesto

Enya Reynoldi

Primera edición: Abril de 2017

Depósito Legal: DL B 3057-2017

ISBN: 978-84-16942-22-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

ENYA REYNOLDI

*Mitades
perfectas*



Nova Casa Editorial





A todos mis lectores de Wattpad.





ÍNDICE

PREFACIO	11	11	235
1	17	12	259
2	37	13	283
3	61	14	309
4	83	15	321
5	107	16	347
6	131	17	373
7	153	18	393
8	177	19	421
9	205	20	449
10	231	EPÍLOGO	473



PREFACIO

Axelle caminaba sigilosamente por el jardín, temblando debido al colchón de rocío que cubría el césped y mojaba de manera ligera sus pies descalzos. No deseaba ser descubierta. Luego de escuchar tantos cuentos sobre el Bosque Dorado y darse cuenta de que, en efecto, no era regado con agua común y corriente, quería confirmar los rumores. Se estaba dejando llevar por su sentido de la aventura, lo que muchas veces la había llevado a meterse en problemas.

Los jardines no eran tan vigilados en la noche, al menos no por personas. Había guardias, por supuesto, pero con el nuevo sistema de seguridad instalado algunos meses atrás no hacía falta tanto personal. Cualquiera persona no identificada que se acercara a los muros que rodeaban el castillo, haría que la alarma se activara. Aún le costaba creer que ese tipo de cosas existían.

Se abrazó sintiendo otro escalofrío, cuando la brisa la acarició y provocó también que las hojas de los árboles susurraran. Le echaba la culpa al otoño, no a su sentido común que había fallado en no aconsejarle a llevar un buen abrigo y calzado.

Su padre le habría dado un sermón al enterarse de lo que estaba haciendo. Ingresar al Bosque Dorado estaba terminantemente prohibido para todos, exceptuando a los reyes y a quienes ellos les brindaran permiso. Pero Axelle era traviesa y cuando su padre la traía junto con su hermana al castillo para poder cuidarlas mientras su madre no podía, ella escuchaba cosas que no debía.

Cosas como el murmullo de los sirvientes en la planta baja al contarse que el Bosque Dorado no estaba cerrado porque la llave

estaba extraviada y el candado era tan antiguo que era imposible crear una nueva. Hasta ella, con sus 8 años de edad, entendía que habían otras maneras de mantenerlo cerrado.

Pero la gente no se atrevía a entrar porque le temían al castigo.

La reja de hierro, algo oxidada por el paso del tiempo, se abrió con facilidad. Era pesada para sus manos pequeñas, mas no imposible de mover. Rechinó levemente, y Axelle sintió que su corazón latía con más fuerza cuando el sonido hizo eco. Se mantuvo quieta unos segundos, alerta por si alguien se acercaba. Nadie lo hizo.

Respiró con fuerza y entró.

Notó la diferencia del ambiente enseguida: el césped no estaba mojado, no había brisa en lo absoluto y no hacía frío. En realidad se sentía cálido, casi húmedo. El Bosque Dorado, a simple vista, era todo lo que Axelle había escuchado; y más.

Frente a ella había un sendero de arena tan clara que parecía blanca, que llevaba hacia un gran árbol al final del recorrido y con una arboleda marcando el camino a cada lado. El sol no daba aquí, pues el bosque estaba dentro de un cubo gigante de ladrillos rojos y, sin embargo, había luz.

No obstante, lo que hizo que Axelle perdiera el aliento fue el color de las hojas.

Eran doradas.

Brillaban como si tuvieran un halo propio y parecían forjadas del oro más puro. Su corazón latía con júbilo, encantada con solo estar parada observando lo más maravilloso que jamás había visto. Se acercó a uno de los árboles con lentitud, disfrutando de la arena tan fina que parecía talco escurriéndose entre los dedos de sus pies.

Intentó alcanzar una de las hojas parándose sobre la punta de sus pies, pero fue en vano. Estaban demasiado altas. Continuó intentando, negándose a darse por vencida. Solo consiguió

llenarse de frustración, considerando que no importaba cuánto saltara y se esforzara por siquiera rozar las hojas, Axelle seguía siendo demasiado baja de estatura.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se había escabullido y probablemente se ganaría el enojo de su padre al darse cuenta de su huida, para nada. Respiró profundamente, considerando sus opciones. Quizás era mejor irse con el recuerdo de un bosque con hojas doradas que nunca haberlo visto.

Se metió entre los gruesos troncos marrón chocolate, acariciando sus grietas. Era mucho más grande de lo que aparentaba desde lejos, incluso hasta más alto. No apostaría ni por un segundo que el cubo de ladrillos rojos que se veía desde los ventanales del comedor tendría este tamaño.

Olía muy rico también. Un aroma que se acercaba a lo cítrico, pero que se mantenía suave y ameno. Nunca había sentido algo así. El regocijo que se extendía por todo su pecho era inimaginable.

Estaba tan distraída atrapando atisbos de los más sutiles detalles del Bosque Dorado que no se percató de una pequeña rama saliente de uno de los troncos, puntiaguda, pues había sido arrancada. Arrastró su índice por donde sus ojos no veían, provocando que su piel se abriera a lo largo de su dedo y comenzara a sangrar.

Axelle siseó y gimoteó a causa del dolor, y se le escaparon algunas lágrimas. Se arrodilló en el césped, al borde del sendero de arena blanca, y se encogió en ella misma, sollozando por la profundidad de la lastimadura.

Separó los brazos de su cuerpo para poder observar y quedó espantada por la vista que la recibió: ambas manos estaban cubiertas de sangre y la falda de su camión celeste tenía manchas escarlata. Lloró más fuerte.

No supo cuánto tiempo pasó allí tendida, pero detuvo su llanto cuando sintió que algo se movía sobre su cabeza. Levantó la vista, encontrándose con una hoja dorada bailando en el aire, cayendo mansamente en su dirección.

Ahucó sus manos sangrientas frente a ella, su boca entreabierta y sus ojos tan abiertos que lágrimas nuevas se estaban formando. Estas ya no eran de tristeza.

La hoja cayó sobre sus manos carmesí y se deshizo en millones de brillos dorados apenas hizo contacto. Se desparramaron sobre su piel y cayeron en su falda, dejándole un cosquilleo a su paso.

Axelle no estaba respirando.

La purpurina dorada resplandeció. Su piel la absorbió, dejando a la niña con un jadeo estancado en la garganta. La sangre de sus manos había desaparecido. Las manchas en la tela de su camisa se desvanecieron. Inspeccionó sus manos por delante y por detrás.

La herida ya no estaba allí.

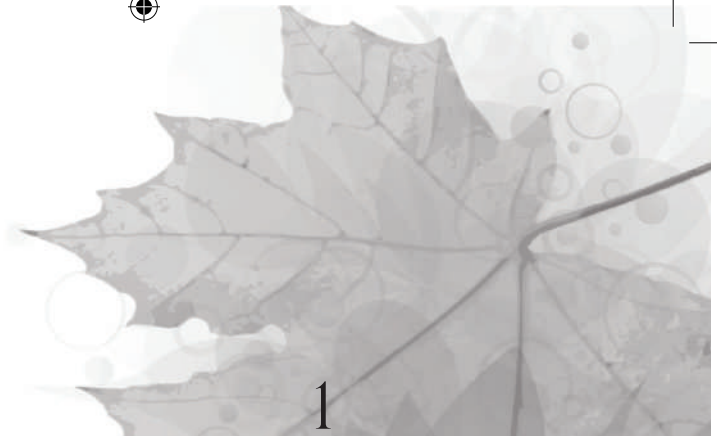
Su pecho se sentía cálido.

Axelle sonrió.

El Bosque Dorado sí era mágico.







Mis ojos picaban a causa de las lágrimas de miedo y, por más que me repetía que no debía ser débil, comenzaban a desbordar mi rostro, humedeciendo mis mejillas. No sabía qué hacer cuando este tipo de cosas sucedía. No solo eso, sino que el alcohol me tenía algo achispada y mi corazón estaba galopando con fuerza dentro de mi caja torácica.

Nunca debería haber dejado que Sean tomara tanto. Se volvía un tanto violento y no me gustaba en lo absoluto.

—¡Brrren, nena!, no te pongas así. Veeen, volvamos a la cama.

Sentí que tocó mi hombro desnudo con su mano fría y seca.

—No me toques —bramé y corrí mi cuerpo lejos de su alcance—. Estás muy borracho.

Volteé para mirarlo a los ojos y sequé mis mejillas con furia. Quería que viera lo mucho que me había afectado su actitud. Me miró arrepentido e hizo una cara de perro mojado. Luego comenzó a reír como desquiciado y trató de volver a acercarse. Como yo estaba relativamente sobria, lo esquivé con facilidad y me acerqué al sillón para tomar mi chaqueta y largarme de allí. Estábamos en plena primavera, pero de igual manera la noche refrescaba y no pensaba salir con falda y camiseta de tirantes.

—Oh, porrrr favorrr, ven aquí, yo te aaamo —arrastró las palabras, demostrando que estaba demasiado ebrio como para pronunciar correctamente.

—Nos vemos mañana cuando estés sobrio, Sean.

Me abrigué y salí de allí sin dejar que dijera nada. No quería escucharlo, estaba furiosa y asustada. Eso nunca había pasado antes y tampoco quería que pasara. No estaba física ni mentalmente preparada.

Ni siquiera tenía paciencia para esperar el elevador ni ganas de tomar un taxi, así que bajé las escaleras del edificio lo más rápido posible, salí de allí y comencé a caminar, no sin antes sacar mi iPod y colocar los auriculares en mis orejas.

Aumenté la velocidad de mis pasos cuando recordé que en un par de horas mis padres se estarían despertando para ir a trabajar, y no quería que me vieran entrar a nuestro piso al mismo momento en el que ellos se iban. No me iba a ir nada bien si eso ocurría.

Un rato después de estar caminando, a mitad de camino hacia mi hogar, sentí que uno de mis bolsillos estaba vibrando. Como odiaba la continua vibración, saqué el teléfono lo más rápido posible, quité de mi oreja uno de los auriculares mientras contestaba.

—¿Sí? —atendí de mala manera.

—¿Así es como atiendes a tu mejor amiga?

Sonreí al instante. Candace podía ser muy molesta cuando quería, a pesar de ser la persona inteligente y razonable en esta relación, pero en momentos como este su voz y locuras me tranquilizaban.

—Lo siento, no me fijé en el identificador. ¿Qué haces aún despierta? Pensé que apenas dejaste el bar te irías a dormir.

Porque era lo razonable. Candace no era como yo, a quien podría considerar como un murciélago. *Vivo de noche y duermo de día.*

—Insomnio. Cuando llegué a casa no tenía sueño, así que puse la televisión y lo único interesante era una película de terror. Ahí lo tienes, ahora no puedo dormir.

Reí ante su confesión.

—¿Qué película era?

—*El Grito*.

Reí otra vez.

—Ahora tampoco podrás bañarte sola, ¿sabes?

—Oh, cierra la boca. Cambiando de tema, ¿sigues en lo de Sean?

Y fue suficiente para cambiar mi humor.

—No, estoy caminando hacia mi casa.

—Veo... ¿Ha pasado algo? —preguntó, su voz con un tinte de preocupación.

Mi suspiro fue tan largo que creo que duró medio minuto.

—¿Podemos hablar sobre eso mañana? Estoy llegando a casa y no quiero hacer ruido y despertar a mis padres.

—Estás evitando el tema a propósito, señorita. Pero, está bien. ¿Me llamas mañana? O, bueno, hoy más tarde —agregó con una risa—. Me iría a dormir pero debo levantarme en media hora. Así que hasta algunas horas.

—Seguro —reí entre dientes.

El humor me había vuelto.

Cuando llegué a casa, sí tomé el elevador. No solo porque estábamos en uno de los últimos pisos, sino porque estaba exhausta. Eran las seis y media de la mañana, lo único que quería hacer en ese momento era darme una ducha caliente y dormir. Me saqué los tenis en la entrada y comencé a caminar a hurtadillas hacia la cocina, para tomar un vaso de algo que me sacara el gusto de nada de la boca.

Saqué una botella de Coca-Cola de la heladera y di tres tragos, satisfaciendo a mi reseca garganta. Cerré la puerta y cuando volteé, todas las luces se prendieron de repente. Mi mamá estaba

sentada en el gran sofá de la sala con los brazos cruzados, y no pasó mucho tiempo hasta que papá se le unió, seguramente luego de haber prendido las luces.

—Buenas noches, Eloïse —saludó a mamá con hostilidad—. ¿O debería decir *buenos días*?

Hice una mueca. Iba a reclamarle el llamarme por mi segundo nombre, pero no me pareció adecuado. Hacía mucho tiempo que mis padres no me atrapaban a la hora de llegada.

—Buenos días —saludé insegura.

Rodeé la barra de desayuno y me acerqué a ellos a paso lento. No solo era raro que estuvieran despiertos a esta hora, sino que ambos tenían una expresión en sus rostros que no me agradaba.

—¿Dónde estabas? —preguntó papá.

—Estaba con Sean. Estábamos viendo una película y se nos pasó el tiempo —mentí sin problemas.

Debería haber sido parte de la pandilla de Alison de *Pretty Little Liars* con lo buena mentirosa que era.

—Bien. Entonces, ¿por qué estás vestida así?

Uh, oh.

—Fuimos a un bar primero. Se los dije antes de salir de casa hoy.

Por lo menos *eso* era verdad.

Papá suspiró.

—Mira, Brenda, tu madre ha recibido bastantes noticias en el club sobre ti y no son nada agradables. Decidimos hacer algo al respecto.

—Espera, espera. No pueden creer cada rumor sobre mí, papá. —Lancé mis manos al aire.

Mamá se paró de un salto y me dio una mirada llena de acusación, aunque más que nada, de decepción.

—Entonces dime que no son ciertos. Dime que no sales de fiesta todos los días y que no andas durmiendo por los alrededores. Ya ni siquiera sé si Sean es realmente tu novio. Una muchacha nos mostró fotos de ti muy cercana a muchos muchachos e incluso fotos tuyas dejando bares de la mano de ellos. Te permitimos este año libre porque pensamos que serías responsable. No esperaba que estuvieras todos los días durmiendo hasta tarde y teniendo sexo por todo Nueva York.

Mi mandíbula rozó la alfombra.

—Yo no estoy...

—¿Durmiendo por los alrededores? —Me interrumpió ella—. Porque encontré los condones en tu habitación, Eloïse.

Y, esta vez, sentí la piel de mi mentón ser raspada por el material del suelo. Abierta en dos y sangre goteando en forma de indignación.

—No tenías derecho a revisar mi habitación —acusé con los dientes apretados, olvidando las mentiras dichas sobre mi persona.

Mostró las palmas de su mano, admitiendo que era culpable.

—Sé que no, pero eso solo me sirvió de evidencia. Esto no puede seguir así, Eloïse, vives en una fiesta continua y yo no voy a seguir festejando tus errores.

No pude negárselo, porque todos los días tenía una fiesta diferente y nunca falté a ninguna de ellas. En ese momento me sentí muy avergonzada y perdida, porque ya no sabía qué decirle. Me sentía un fracaso de hija. Solo bajé mi mirada y retuve las ganas de llorar por segunda vez en el día. No serviría de nada aclarar que con la única persona que había tenido sexo era con Sean. No me creerían.

Escuché a mi mamá susurrarle algo a mi papá, pero no pude llegar a entender qué le dijo.

—Brendie —llamó papá, haciéndome levantar la mirada y encontrarme con sus cálidos ojos marrones, tales como los míos—, dejarás Nueva York por un tiempo.

—¿Qué? —pregunté casi inaudible, con los ojos bien abiertos.

Mamá se acercó hasta quedar bien cerca de mí y sonrió con simpatía, como si en realidad no quisiera decirme lo que tenía que decir. Acarició mi mejilla y besó mi frente.

—Esto es por tu propio bien, bebé. Recuerda lo que dijimos; no dejaríamos que tu año libre fuera así. Necesitas acomodar tus pensamientos. Hablé con tu tío ayer en la tarde e irás a vivir con tu prima Seleste.

—¿Prima Seleste? —con un hilo de voz revelé toda mi incredulidad.

Eso quería decir que...

—Sí, irás a Goldenwood.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. No. No quería dejar mi hogar, no quería irme a Francia y, por sobre todas las cosas, no quería separarme de mis amigos y de mis padres.

Mi prima Seleste era la hija de la hermana de mi mamá. Ella había vivido aquí con su mejor amiga, Lynn; pero, por extrañas cuestiones de la vida, el príncipe de Goldenwood vino aquí y se enamoró de ella. Ahora estaban comprometidos y Seleste vivía con ellos allí. Mi familia materna era de ese lugar, un estado independiente llamado Goldenwood. Estaba ubicado en la intersección de Suiza, Francia e Italia. La última vez que estuve allí tenía 3 años.

—No quiero —respondí con voz trémula—. Por favor, no me hagan esto —supliqué.

Compartieron una mirada y mamá volvió a mirarme con seriedad. Sus ojos azul claro demostraban lo agotada que estaba

y sus rizos dorados estaban desordenados, pero no perdían su certeza.

—Lo lamento, pero irás. Aprenderás a comportarte y a valerte por ti misma. Tienes suerte de que Seleste estará allí y no estarás sola. No tienes otra opción, ya que si te quedas será peor.

Fruncí el ceño.

—¿Pero por qué?

Mamá y papá volvieron a cruzar miradas.

—Porque sabemos que Sean, tu novio, era tu profesor.

Negué con la cabeza.

—No, no, él no era...

—¡Deja de mentir! —exclamó ella—. Ya estoy harta de tus mentiras y de que siempre te salgas con la tuya. Ya basta de esto, basta de esta vida que llevas. No dejaré que te arruines la vida. No tienes idea de lo horrible que me siento cuando socias del club me vienen con todas estas historias sobre ti. —Tomó aire pausadamente y continuó—: Te irás, porque sino todos sabrán qué clase de relación llevaban tú y Sean y el muchacho perderá su trabajo. Por su culpa —añadió.

—No, por favor —supliqué—. Sean ni siquiera era *mi* profesor y ya no trabaja en la escuela a la que yo iba.

Mi labio inferior comenzó a temblar, pero no me permití llorar. No iba a llorar. Me llevaba bien con Seleste, pero ella era tan diferente a mí que de solo pensarlo me daban ganas de gritar y patalear como niña caprichosa.

—Partes hacia allá mañana, linda —musitó papá, acercándose—. Duerme un poco ahora y luego prepara un bolso. Es lo único que necesitarás.

—¿A qué te refieres?

No sabía cuánto tiempo iba a estar, pero un solo bolso no me alcanzaría. ¿Acaso pretendían que anduviera en mi traje de piel?

—Lleva solo lo necesario —respondió mamá—. Seleste ya fue de compras por ti.

—¿Qué? ¿Están locos? —exclamé.

Yo era de camisetas y tenis y Seleste era de zapatos de taco alto y ropa elegante hasta para dormir. Ni hablar de que ambas teníamos gustos diferentes en la mayoría de cosas. Joder, esto no era para nada bueno.

—Queremos que aprendas a ser una señorita —aclaró mamá con suavidad.

Intentó acariciar mi mejilla, pero me corrí. Ya no estaba triste, sino enojada y decepcionada.

—Ustedes quieren cambiar quien soy yo. —Negué con la cabeza.

Mamá abrió la boca para decir algo, pero levanté la mano para que no lo hiciera. Ya no tenía ganas de escucharlos. Me di media vuelta y me dirigí a mi habitación, mi refugio. Cerré con llave para que no entraran y siguieran con su discurso de que aprendiera a ser una señorita.

Me deshice de la falda, las medias y la chaqueta, pues sentía que era innecesario tenerlas puestas. Los aros del corpiño me estaban matando, así que también me lo saqué. Estaba totalmente cómoda solo en mis bragas y mi musculosa negra. Recogí mi cabello castaño oscuro ondulado en una colita alta y me propuse hacer el maldito bolso. Primero guardé mi laptop y mi iPod en una mochila aparte y luego, en el bolso, mi camiseta con la estampa de *I love New York* y otras prendas favoritas que sabía que iba usar en momentos a solas. Porque no pensaba usar la ropa que Seleste me compró todo el tiempo. No señor.

Cuando terminé, me tiré en mi cama completamente cansada. Necesitaba llamar a Candace para contarle y poder despedirme; tal vez podíamos hacer algo juntas antes de que yo

desapareciera de Estados Unidos. También tenía que llamar a Sean y despedirme, no podía irme como estaban las cosas entre nosotros. Además, debía saber que su empleo corría peligro si no actuaba con disimulación. Aunque quizás debería esperar a que estuviera sobrio.

Saqué el celular de mi bolso que afortunadamente tiré sobre la cama minutos atrás. Marqué el número de Candace. Sin que me sorprendiera, atendió al primer tono.

—Hola, Bren —saludó con... ¿Resignación?

—Oye, no sabes lo que ha pasado. Mis padres me están obligando a ir a otro continente mañana. Así que, ¿te parece si hacemos algo como despedida?

Suspiró casi con pesadez.

—No puedo. Tus padres llamaron a los míos... Recién, y contaron sus planes, diciendo que no puedo verte antes de que te vayas. Ojalá pudiera escaparme de alguna manera para poder ir a verte de todas formas.

Sus palabras cayeron como una piedra en mi cabeza, con tanta fuerza que casi me desmayo. No podía creerlo, mis padres ni siquiera eran capaces de dejar que me despidiera de mi mejor amiga, la que conocía desde hace años.

—Increíble. No solo me están sacando del país, sino que no me dejan despedirme de ti.

—Ni de nadie. No creo que te dejen ir a ver a Sean tampoco.

Apreté mi celular con tanta fuerza que creí que lo rompería. No que lo quisiera, pero estaba tan enojada que hubiera roto cualquier cosa con mis propias manos.

—Bueno, entonces... Entonces supongo que nuestra despedida será por teléfono.

—Sí —respondió con voz pequeña y quebrada.

Sabía que estaba por llorar.

—No llores, Candie, nos volveremos a ver antes de lo que te imaginas y te llamaré cada momento en el que pueda y tú me podrás llamar a mí.

—Pero seguramente te harán comprar un teléfono nuevo para poder comunicarte con la gente de allí —rezongó con voz rara, lo que quería decir que estaba resistiendo las lágrimas.

—¿Tú crees que me voy a deshacer de este teléfono? No hay manera, tendré dos teléfonos, pero no me voy a deshacer de este. ¡No!

—Bueno —rio un poco, aunque todavía algo triste—. Te llamaré todos los días, Bren —dijo con tristeza.

—Y yo atenderé —reí.

Alguien comenzó a tocar la puerta continuamente y sabía que era mi mamá. Solo éramos tres, o sea que solo ellos dos tocaban mi puerta: papá solo daba dos toques y esperaba pacientemente a que le abriera; mamá, al contrario, daba toques continuos. No iba a detenerse hasta que le abriera.

—Tengo que irme, mamá quiere hablar conmigo.

—Oh. Está bien. ¡Te quiero!

—Yo también te quiero, tonta.

Finalicé la llamada antes de que hiciera algún comentario que me retuviera. Sabía que iba a decir algo sobre que nunca le decía que la quería y estaríamos conversando por mucho más tiempo.

Me levanté de la cama a regañadientes y giré la llave de la puerta. Cuando la abrí fulminé a mi mamá con la mirada, quien me observaba devuelta con una expresión cándida y su mano derecha alzada, con la que estaba golpeando mi puerta.

—¿Qué quieres?

Colocó sus manos en las caderas y me dio una mirada seria.

—No me hables así, Eloïse.

—No me llames así.

—Te llamaré como quiero porque tú eres mi hija y ese es el nombre que elegí para ti.

—Mi nombre es Brenda. ¿Qué quieres, mamá?

Suspiró y se cruzó de brazos. Me miró un largo rato, entornaba los ojos y luego los volvía a la normalidad, como si estuviera pensando seriamente en si decirme algo o no. Después de un momento, volvió a suspirar y sus hombros descendieron.

—Nada. Es solo que... No quiero que estés enojada conmigo. Con nosotros. Lo estamos haciendo por tu bien, tú necesitas este cambio.

—¿Yo necesito *este* cambio o necesito *un* cambio? —Le dediqué una mirada desafiante—. Encima me estás amenazando con arruinar a Sean. No es justo.

Era despreciable.

—Deja de decir eso, nosotros no queremos cambiarte. Queremos que todo sea mejor para ti y acá no podrás tener éxito, y si amenazándote es la única manera de hacerlo, entonces que así sea.

—¿Éxito? —pregunté incrédula—. No necesitas enviarme al otro lado del mundo para que tenga éxito. ¿Por qué no me dices de una vez por qué están haciendo esto?

—¡Ya te lo dije! —exclamó llevando sus manos al aire, exasperada. Estaba mintiendo, lo sabía—. Ahora termina de empacar. Tu avión sale a las dos de la tarde.

—Espera, espera, espera. ¿No me voy mañana? —pregunté confundida.

Mamá frunció el ceño y miró su reloj de muñeca.

—No, es hoy. Lo siento, el hecho de que te hayamos dicho de todo cuando llegaste tan temprano y tarde al mismo tiempo me confundió.

Iba a replicar, pero solo se dio la vuelta y caminó por el pasillo bailando sus caderas como siempre solía hacer. Enojada, di un portazo. Odiaba que me ignoraran así. Ahora no solo no puedo despedirme de quien quiero, sino que me voy hoy mismo en menos de diez horas. En ocho, para ser exactos.

Decidí darme una ducha y luego dormir. Ya había terminado de empacar, lo único que quería hacer era dormir hasta que tuviera que irme. Agarré unas bragas limpias de mi armario y una camiseta para luego descansar.

No tardé mucho en bañarme. No soy de las personas que le se la pasan horas en la ducha porque piensan mucho y bla bla bla. No, para mí cuanto menos tiempo pase bajo la lluvia artificial, mejor. Mi cabello era todo un nudo al salir de la ducha, algo que me molestaba tremendamente.

Debería haber salido como mi madre, con su grueso y brillante cabello dorado. No, en lugar de eso salí como mi padre, con su fino, opaco y oscuro pelo. Al igual que sus ojos marrones. Toda mi familia de parte de mi mamá eran rubios de ojos claros, en lugar de pasarme algunos de sus genes salí como la familia de mi papá. Lo único que había heredado del lado materno, eran los labios carnosos y el color de piel cremosa.

Cepillé mis dientes y luego me acosté en mi cama, no sin antes poner a cargar mi celular. Ni siquiera me molesté en poner la alarma. Si podía quedarme dormida mejor, aunque sabía que mi madre iba a ocuparse de despertarme de todas maneras. Pretendía dormir todo lo posible porque en los vuelos nunca se me concedía. Y este iba a ser uno muy largo. Sin mencionar que debía tomar dos jodidos aviones.

Estaba teniendo un sueño relajante cuando sacudieron uno de mis hombros con delicadeza. Gruñí internamente; era mamá. Lo que significaba que era hora de irme. Demonios, ¡no quería irme! Estaba muy cómoda con mis ojos cerrados y mi inconsciente descansando.

—Despierta, Eloïse, es hora de levantarse.

—Vete —rezongué mientras giraba para que dejara de zanzarme.

—¿Quieres que quite el cobertor?

Suspiré con pesadez antes de darme la vuelta y sentarme, froté mis ojos antes de abrirlos. Al menos había sido lo suficientemente considerada para no prender la maldita luz. Estaba segura de que mi cabello era un nido de pájaros, pero ¿qué más daba? En horas estaría en otro lugar y no era mi querida Nueva York.

—Papá está bajando tu bolso y mochila al auto. Vístete, así comes algo antes de ir al aeropuerto.

—No podré guardar mi cepillo de dientes si se lleva mi mochila —dije con voz rasposa por el poco uso.

—Seleste se ha encargado de que tengas uno nuevo en Goldenwood —musitó con voz dulce.

Besó mi frente y prendió la lámpara de la mesita de noche. Miré hacia afuera y me di cuenta de que aún no era totalmente de noche, pero lo sería durante todo el viaje hasta que aterrizará en la maldita Francia. Salí de mi cama con la intención de buscar ropa de mi armario, pero mamá chasqueó la lengua.

—Dejé ropa sobre tu cama, linda. Lo siento, pero no puedo dejar que mañana, cuando llegues a allí, te vean con cualquier ropa. No te preocupes, puedes usar zapatillas. —sonrió mostrando sus dientes.

Le di una mirada de pocos amigos y la ignoré, yendo directamente al baño a asearme.

La ropa que mi mamá había elegido no era del todo mala, pero cuanto más me miraba en el espejo de cuerpo entero, menos me gustaba. La camiseta era un par de tonos más claro que el negro, no llegaba a ser gris. Las mangas me llegaban un poco más arriba que el codo y era demasiado escotada para mi gusto. Arriba, de conjunto, iba un chaleco negro. Eligió los únicos pantalones que no me gustaban, no solo por el hecho de que eran blancos, sino porque eran malditamente ajustados. Debía acostumbrarme a ponerme ropa que no me gustaba, considerando que Seleste sería mi estilista de ahora en adelante.

Me calcé unos tenis negros, tomé mi celular y dejé mi habitación. Mientras comía unos sándwich que me había hecho mamá, ella me peinó y sujetó mi cabello en una coleta alta. Estábamos camino al aeropuerto unos momentos después. Decir que estaba de mal humor sería una atenuación. Estaba *mu*y malhumorada. No era de la clase de personas a las que les gustaba despertarse temprano, como tampoco era de las que les gusta que las despierten. Disfrutaba mucho mis horas de sueño.

Esperamos una hora en el aeropuerto para que pudiera hacer el pre-embarque. Luego quedaría sola.

—Te extrañaremos, Bendie —murmuró papá en mi oreja, abrazándome.

Lo abracé devuelta. A pesar de que estaba de malhumor, él era mi padre y lo echaría de menos.

Papá me dejó ir para que mamá pudiera abrazarme. O, mejor dicho, estrujarme; ella no abrazaba, ella apretaba hasta dejarte sin aire y fue exactamente lo que hizo. Sus hebras doradas se introdujeron en mi boca y se pegaron a mi lengua incomodándome. Dios mío, esta mujer sí tenía fuerza.

—Mamá —gimoteé.

—Debes entender que esto es por tu bien. Goldenwood te hará bien, bebé —susurró dulcemente.

Sentía un rencor creciendo dentro de mí a medida que las palabras acariciaban sus labios. Lo único que yo quería era que me dejara en paz y así yo podría esperar a embarcar sola con el celular en mis manos. Quería darle una llamada a Sean y despedirme, pues no sabía cuándo lo volvería a ver.

—Bueno. Ahora, déjame ir, por favor.

Luego de un suspiro de resignación, mamá me soltó y yo pude volver a respirar. Papá me dio el bolso para que pudiera pasar el escáner y la zona de pre-embarque, mientras mi mochila colgaba de uno de mis hombros hacía ya un tiempo.

—Adiós —dije apenas audible antes de darme la vuelta y pasar a la otra zona.

Mi mochila y bolso pasaron por el escáner al igual que mi celular en una pequeña bandeja. Luego los tomé y me senté a esperar en la sala de embarque. Mientras esperaba, decidí que era el momento adecuado para llamar a Sean. Atendió bastante rápido para mi genuina sorpresa.

—¿Bren, nena?

Una sonrisa se dibujó sin permiso en mi rostro al escuchar su voz. A pesar de los acontecimientos del día anterior, yo lo seguía queriendo y ya lo estaba extrañando.

—Hola, Sean —dije suavemente.

—Oye, pensé que te vería hoy. ¿Dónde estás? ¿quieres que te busque?

Sonaba tan emocionado que solo eso provocó mi angustia.

—No, no puedes. Estoy en el aeropuerto a punto de irme.

—Oh, ¿a tus padres se le ocurrieron repentinas vacaciones? —preguntó con evidente sorpresa y algo de confusión.

—No. Ellos me están... Me están enviando a Europa —dije sin preámbulos.

—¿Qué?! —preguntó—. Estás bromeando, ¿verdad? —rio con nerviosismo.

—No, Sean. Quería despedirme pero no me dejaron salir de mi casa ni dejaron a Candace ir a verme, no había manera de poder hacerlo en persona, así que decidí llamarte desde aquí.

Esto se sentía tan mal. Quería poder darle un abrazo de despedida y que me diera esas palabras reconfortantes que solo él sabía darme. Lo necesitaba a *él* y estaba totalmente sola.

—Pero... Pero, ¿por qué? —preguntó con cierto dolor en su voz.

—Porque creen que soy un desastre y lo soy. Ya no pueden controlarme. Vivo de noche y duermo de día cuando debería ser al revés. Tendría que empezar la universidad en unos meses y estoy en el camino contrario. Realmente lamento no poder despedirme de la manera adecuada.

Sean dejó salir un sonoro suspiro y se quedó en silencio unos instantes. Sabía que le estaba costando recibir la noticia luego de que sufrimos un infierno poder estar juntos sin problemas. En la vida todo se trata de sacrificios. Sean sacrificó muchas cosas por esta relación cuando yo apenas si lo hice y me estaba marchando para volver quién sabría cuándo.

—Bueno —murmuró—. Te extrañaré horrores. Quizá pueda ir a visitarte en algún momento.

—No creo que puedas —expresé con la voz quebrada—. Mis padres harán lo posible para que deje atrás todo lo que me ata a Nueva York.

«Y no entiendo por qué», quise agregar.

—Bren —gimió con dolor—. ¿Qué haremos?

—Lo único que podemos hacer es mantener esta relación a distancia o... —dejé la oración en el aire.

No quería decirlo en voz alta, ni siquiera quería pensarlo. Si él lo quería, entonces así sería, pero yo no daría la idea. Ambos podíamos ser idiotas en esta relación; aún así teníamos un lazo difícil de romper y él era la única persona con la que podía ser yo misma sin ser juzgada.

—O terminarla —completó por mí luego de unos segundos. Y, así, diciéndolo en voz alta, hizo que todo esto fuera real—. No sé qué es lo que quiero ahora, Bren. Sabes que te esperaré todo el tiempo que fuera necesario, pero esa es la cuestión... ¿Cuándo volverás?

—Desearía saberlo.

Tenía esa extraña corazonada de que estaría más tiempo del necesario en el estado donde había nacido mi madre. Ni siquiera recordaba cómo era y ya lo odiaba.

—Cielos. Creo que... Creo que ahora debemos pensar, ¿de acuerdo? Hablemos cuando estés allá y tengamos las cosas más claras, porque ahora estoy jodidamente confundido y no sé qué es lo que podemos hacer con nuestra relación, Bren.

Sabía que le estaba costando decir esas palabras. Él me quería en Nueva York tanto o más de lo que yo lo deseaba. Él había confesado su amor por mí mucho tiempo antes de que yo siquiera sintiera que me gustaba, apenas si sentía una ligera atracción cuando él me dijo todo lo que sentía. Sean no merecía esto.

En ese momento decidí que no necesitaba saber que mis padres eran conscientes de que había sido profesor en mi preparatoria. Se le notaba compungido con la sola noticia de que me iría sin saber la fecha de regreso; no quería hacerlo sentir peor.

—Está bien —aseguré—. Llámame cuando hayas decidido. Solo recuerda que hay seis horas de diferencia de aquí a allá cuando lo haga —agregué tratando de aligerar el humor de la conversación.

Él rio entre dientes, sacándome una sonrisa. Ambos sabíamos que era el momento de decir adiós y ninguno de los dos quería dar el primer paso. Relativamente, yo lo había hecho al llamarlo, pero ahora no quería hacerlo definitivo y decirlo yo primero. Ahora era *su* turno.

—Bueno... Lo haré. Te llamaré pronto aunque sea para saber cómo estás, ¿sí?

Asentí, olvidando que él en realidad no me podía ver.

—Sí —respondí cuando recordé que estábamos hablando por teléfono.

—Te amo, Bren. Ten un buen viaje y disfrútalo aunque estés reacia a hacerlo.

Podía sentir su sonrisa. Y yo también estaba sonriendo, porque tenía esperanzas para nosotros dos.

—Yo también te amo.

—Adiós, nena —murmuró.

—Adiós, Sean —susurré antes de sacar el celular de mi oreja y terminar la conversación.

Mordí mis labios para retener las ganas repentinas de llorar. La situación apestaba.

Un momento después comenzaron los llamados para arribar el avión. Algunos hombres se ofrecieron a cargar mi bolso, pero solo les agradecí brevemente y seguí mi camino sin mirarlos. No estaba de humor para flirteo. Estaba ubicada en la primera fila, así que pude mostrar mi identificación y pasaje rápidamente. Me encontraba sentada en mi cómodo asiento de primera clase antes de lo que esperaba. Envié un mensaje rápido a mamá, papá, Sean y Candace informándoles que ya estaba dentro. No sé qué se había metido dentro de mí, pero de repente quería que estuvieran al tanto de lo que me estaba pasando, cuando antes me hubiera importado un comino.

Las ocho horas de vuelo las pasé con los auriculares prendidos a mis orejas, escuchando música con los ojos cerrados. Comí una que otra cosa que la azafata ofrecía, pero la verdad era que no tenía hambre. Traté de dormir la mayor parte del tiempo. Pensé mucho en todo lo que extrañaría mi hogar y las personas en él, mi habitación, mis cosas. Me sentiría una total extraña en Goldenwood, aunque mi madre fuera de allí.

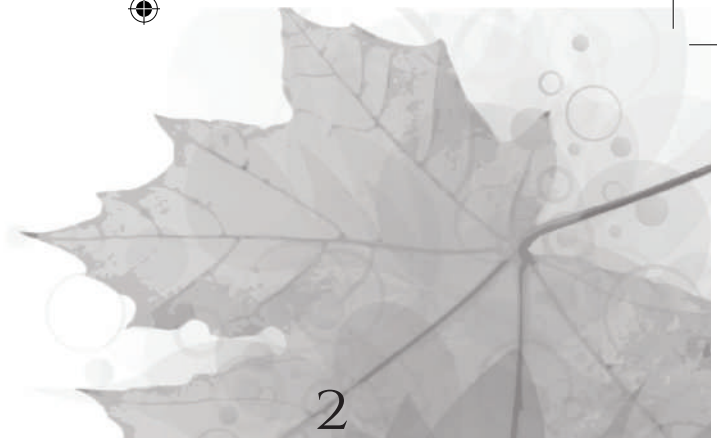
Cuando aterrizamos en París, lo primero que llamó mi atención al pisar el aeropuerto fue mi prima Seleste con un cartel blanco en sus manos que decía lo siguiente: Brenda Eloïse Thomas-Morel. «¿En serio?», pensé con sarcasmo, «¿con qué necesidad puso mi nombre completo?». Me hubiera conformado con solo «Brenda Thomas», el nombre con el que usualmente era reconocida y el que a mí me gustaba. La parte francesa estaba absolutamente demás.

Ella lucía tan formal como siempre. Hacía dos años que no la veía, pero mantenía su apariencia perfectamente. Su cabello dorado estaba recogido en un rodete que a simple vista —y a mi parecer— estaba muy tirante, sus ojos celestes estaban cubiertos por lentes de sol, seguramente de una marca carísima. Tenía puesto un vestido al cuerpo de color celeste que era bastante corto para mi gusto y formal para la hora del día; dejaba ver sus infinitas y bronceadas piernas y a no olvidar los tacones de quinientos mil centímetros, haciéndola más alta de lo que ya era. Seleste era seis años mayor que yo y era hija única... Al igual que yo. Éramos las últimas Morel de la familia.

Cuando me vio, sus carnosos labios se estiraron en una sonrisa que mostraba sus dientes blancos y parejos —gracias a los brackets, por supuesto—. Tenía la atención de más de una persona a pesar de toda la gente que había alrededor, y no me sorprendía para nada.

—¡Brendie! —chilló con emoción, y luego pronunció en perfecto francés—: *Bienvenue à Paris*.

¿Mi traducción personal? «Bienvenida al infierno».



Yo era una persona de pocas palabras; con muy pocas personas me dejaba llevar y hablaba sin parar —como con Candace, por ejemplo—. Seleste, no obstante, era muy diferente a mí en ese aspecto. Ella cotorreaba sin parar a mi lado mientras esperábamos que el pequeño avión tomara vuelo. No era un jet ni un avión privado, pero tampoco era largo y grande como los aviones de vuelos internacionales. De este lado del mundo eran las cuatro de la mañana. Yo estaba exhausta, mientras mi prima hablaba sola sin parar.

—... Y es fabuloso. Estará tan hermosa el día de su boda que a todos se les caerá la baba. ¿Crees que en mi boda yo estaré hermosa? Porque sé que aunque no será lo mismo puede ser una de las bodas más importantes, o sea: estoy saliendo con el primo del futuro rey. —Dejó salir una risita—. Aunque Lynn es mi amiga, no debería estar pensando en opacarla ni en el día de su boda ni en el mío, quiero decir, no debería estar pensando en tener una mejor que ella. ¿Puedes creerlo, Brendie? ¡Lynn será reina! Aún me es difícil creerlo. ¿Ya conociste a Alaric? Él será un gran rey...

Y bla, bla, bla. En cierto punto dejé de escucharla, coloqué los auriculares en mis orejas y la aparté de mi mente. Cuando me quedé sin batería aún quedaba una hora de viaje. Seleste, milagrosamente y gracias a la santa madre de Dios, no estaba hablando. Estaba mirando hacia afuera, por la ventanilla. No había mucha gente en el avión, pero la poca que había estaba con los ojos cerrados. Me preguntaba si habían escuchado las palabras de mi prima con más interés de lo que yo lo había hecho.

—¿Quiere algo para tomar señorita Morel? —preguntó la azafata.

Pensé que se estaba dirigiendo a Seleste, pero, cuando giré a verla, me di cuenta de que se estaba dirigiendo a mí y esperaba mi respuesta con una sonrisa cordial. ¿Por qué me había llamado «señorita Morel»? Mi primer apellido era Thomas, no Morel.

—No, gracias. —Agradecí negando con la cabeza.

Tenía hambre, pero no quería comer dentro del avión, quería llegar a donde fuera que me quedaría, comer algo, darme una ducha y dormir el resto del día.

—¿Cómo está Nueva York? —preguntó Seleste esbozando una sonrisa.

—Eh... Está bien.

—¿Cómo están tus padres?

—Ellos están bien.

—¿Candace?

—Igual.

—No vas a conversar conmigo, ¿verdad? —preguntó resignada.

—No —respondí escueta.

Ella no entendía que no quería hablar. No con ella, no con nadie. Por lo menos no con nadie de las personas que me rodeaban. Si pudiera haber llamado a Candace lo hubiera hecho, pero lo que menos quería era provocar una interferencia en las máquinas del avión y que tuviéramos un accidente. Exagerada, ¿verdad? En realidad no me importaba, solo estaba buscando una excusa para no llamarla. Además de que no habría señal, ella estaría durmiendo.

Cuando el oficial de vuelo avisó que aterrizaríamos en algunos minutos, Seleste chilló emocionada, provocando que volteara a verla con el ceño fruncido. ¿Qué demonios...?

—Ven aquí, te maquillaré un poco antes de aterrizar.

—No hay manera en el infierno que haga que me maquilles
—repliqué al instante.

Estaba loca si pensaba que la dejaría poner sus manos encima de mi cara lavada. Odiaba el maldito maquillaje.

—Mi tía me dio explícitas órdenes de que te convirtamos en una señorita. Sin maquillaje no eres una y no creo que quieras que los reyes de Goldenwood te vean..., bueno... —Me dio una mirada de pies a cabeza, haciendo una mueca—. Así.

Apreté mis dientes con fuerza. ¡Maldición! Si por mí fuera haría presencia delante de los reyes en ropa interior, pero tampoco quería que mis padres me exiliaran *de nuevo* a un lugar al que directamente no conociera en lo absoluto. Dándome por vencida, dejé salir un suspiro mientras cerraba los ojos y asentía afirmativamente. De todas formas, Selesté iba a insistir en maquillarme hasta que cediera, y probablemente no me dejaría bajar del avión hasta que hubiera cumplido con su cometido.

Dejó salir otro chillido y sacó un par de cosas de su bolsa. Primero puso rímel en mis pestañas y luego pintó mis labios con un brillo rosado. Quiso aplicar un montón de cosas más, pero cuando vio que estaba —más o menos— echando fuego por los ojos, guardó su utilería de nuevo en su bolso con un mohín.

Entonces, ¿qué podía decir del estado encantador en el que estaba a punto de pisar con mis propios pies? Bueno, para empezar, no tenía ni la menor idea de por qué se llamaba así; sabía que había un motivo pero nunca me había preocupado por saberlo. En Goldenwood el idioma oficial era el inglés, pero el francés y el italiano también se hablaban bastante. Según había entendido las pocas veces que escuché sobre el estado dorado, a pesar de ser una república, Francia era quien mejor relación tenía con los reyes de Goldenwood.

En el aeropuerto había un hombre vestido con un traje negro y gafas de sol cubriendo sus ojos. El auricular color piel que estaba en su oreja no pasaba desapercibido; supuse que era algún agente de seguridad que venía por nosotras. No era una idea que me fascinara, pero Seleste vivía en el castillo con personas de la realeza y yo no podía elegir irme caminando. Además de que sería de mala educación, no conocía el camino. No quería perderme el primer día.

Nos saludó moviendo levemente la cabeza y tomó nuestros bolsos. Estaba segura de que el mío era liviano porque había podido cargarlo sin problemas, pero no estaba tan segura del bolso de mi prima. En ese caso, pobre hombre.

En un coche negro marca Audi transcurrió el camino hacia el castillo. El hombre de negro se había sentado del lado izquierdo, mientras que en el lado derecho había otro hombre vestido de igual manera al volante. Eso me hacía pensar en mi licencia de conducir; si era una inútil manejando un auto cuando el volante estaba del lado izquierdo, no me quería imaginar cómo sería hacerlo del lado derecho con los carriles de las calles cambiados.

Goldenwood era un lugar muy verde y colorido. Todas las casas —mansiones en su mayoría— tenían grandes jardines de lantereros adornados con flores de distintos tamaños y colores. Estaban todas rodeadas por césped y grandes cercas, y casi todas tenían vehículos lujosos estacionados al costado de la acera, evidencia de que eran familias adineradas. Seguramente esta parte no era la de los pobres.

Me preguntaba si realmente había pobres en Goldenwood.

En algún momento del viaje nos detuvimos frente a un gran portón de reja negra. Era enorme y estaba entre dos muros de ladrillos grises de tonos variados, se asomaban por encima de él las copas de los árboles del que rodeaba todo el terreno. Luego de unos segundos, el portón se abrió y el coche entró a poca velocidad.

Sin poder evitarlo, miré por la ventanilla las grandes praderas que se extendían a los costados. Cuando me acomodé un poco en la parte de atrás para mirar hacia adelante, me encontré con la cosa más gigante que vi en mi vida: el castillo.

En realidad lo recordaba mucho más grande, pero eso era porque era muy pequeña la última vez que había venido a este lugar. Había gente por todos lados cerca de este, una gran hilera de coches estacionados, adornos florales en las veredas y una fuente en el medio. Era magnífico. El castillo evidentemente era viejo, hacía años que había sido construido, pero algo en él lo hacía ligeramente moderno, como los grandes ventanales que había en buena parte de su fachada.

Cuando el auto estacionó y pude bajarme, ni siquiera tuve un momento para apreciar todo con detalle, ya que Seleste me agarró la mano y arrastró hacia un costado del castillo.

—¿Hacia dónde me llevas? —pregunté con fastidio.

—Mmm... Yo debo hablar con alguien antes de que entres al castillo. No puedes esperar sola en la entrada, sino todas las criadas te matarán a preguntas al igual que toda la chusma que tiene permiso para entrar. Será mejor que esperes en el patio trasero.

¿Criadas? ¿Chusma? Ah, claro. Era mi prima la refinada y nieta de un duque quien estaba hablando, no la humana humilde que existía dentro de ella. Si mi madre la hubiera escuchado le habría lanzado la más intimidante de sus miradas.

Un momento después, estábamos en el patio lateral. Era enorme, un gran paraíso verde. No me quería imaginar cómo era la parte trasera. Cerca de dos grandes puertas dobles había otra fuente con una pequeña cascada y dos bancas en forma de media luna rodeándola.

—Espera aquí. El desayuno será servido dentro de poco —dijo y soltó mi mano al tiempo que se dirigía hacia adentro.

—No hace falta, ¿puedo ir directamente a dormir? —pregunté con cansancio.

—No —respondió sin mirarme.

Dejé que un suspiro se me escapara, mientras volteaba a seguir observando el jardín lateral. Pasando la fuente de color blanco se encontraba lo que lucía como esos típicos cuartos donde se guardaban los utensilios para hacer jardinería, pero esto era mucho más extraño, ya que era, literalmente, un cubo de ladrillos rojos. Había un portón alto de metal negro, que parecía que había sido pintado hacía poco tiempo, pues el color brillaba con el reflejo de sol. La cerradura tenía un candado grande y oxidado. No sabía qué había allí, pero me encontraba caminando hacia ese lugar a paso lento. Era como si todo el malhumor que tenía acumulado de horas antes se estuviera esfumando a poca velocidad y todo el fastidio que tenía por mi prima se estuviera desvaneciendo. No entendía nada, solo que mis ojos estaban conectados al portón y mis pies no escuchaban mi cabeza, actuaban por cuenta propia.

Estaba raramente hipnotizada con ese lugar; quería saber qué había allí adentro.

—Disculpa —llamó una voz con acento inglés pero un tanto afrancesado detrás de mí, haciéndome girar en un respingo y jadeos—, ¿qué haces aquí?

Un muchacho bastante alto se encontraba a unos metros de mí con el entrecejo levemente fruncido. Su cabello rubio estaba peinado hacia arriba, más largo en la parte de arriba y más corto en los costados. Tenía una fuerte línea ósea que llamaba la atención. Sus ojos verdes musgo me miraban con confusión y vestía pantalones beige, una camisa blanca con los primeros dos botones desabotonados y las mangas dobladas apenas cubrían sus codos. También llevaba mocasines negros.

—Estoy esperando a mi prima, me dijo que la espere aquí —respondí.

—Ah... —sonrió de manera ladeada hasta quedar frente a mí—. ¿Apreciando el Bosque Dorado?

Su vista estaba clavada detrás de mí. Volví a girar sobre mis talones, observando el mismo lugar que me tenía hipnotizada un momento atrás.

—¿Bosque Dorado? —susurré.

—Sí —dijo con una risa contenida—, mitos y leyendas.

Asentí, aún con mi vista pegada a la reja negra que parecía de siglos atrás. Nunca se me había pasado el malhumor tan rápido en toda mi vida. En un momento había sentido que se estaba disipando con lentitud, pero luego fue como si pudiera sonreír sin tener la horrible sensación en mi pecho de que estaba traicionando mi malhumor.

—Por cierto —musitó el atractivo y extraño joven atrayendo mi atención hacia él—, ¿quién eres?

—Brenda Thomas. Aunque desde que pisé el avión en París a la gente le ha dado por llamarme por el apellido de soltera de mi madre.

Quiero decir, en mi identificación decía Brenda Eloïse Thomas-Morel, pero nadie, y me refiero a absolutamente *nadie*, me llamaba así.

Los ojos del rubio se abrieron de par en par al igual que su boca. Enarqué una ceja frente a su extraña reacción y eso fue suficiente para que él volviera sus facciones a la normalidad y apretara sus labios para formar una fina línea. Sacudió su cabeza ligeramente y luego me brindó una sonrisa.

—Un placer. Yo soy Evan Bourque.

Fue mi turno de mirarlo con genuina sorpresa.

—Cielos, lo lamento. ¿Debería hacer una reverencia o algo?

Él era el príncipe menor de Goldenwood; su hermano Alaric era el futuro rey y esposo de Lynn. Dios mío, no tenía idea de

qué hacer frente a él. Sabía que cuando era pequeña y vine a este lugar lo había conocido, pero el recuerdo en mi mente era nebuloso. No lo reconocí por su nombre de pila, sino por su apellido.

Los Bourque fueron los fundadores del estado siglos atrás, por lo tanto eran los gobernantes proclamados. Eran conocidos por tener primogénitos varones, por lo que nunca tuvieron problemas a la hora de tener herederos; sus esposas, por más que rezaban día y noche y a cada Dios que se les ocurriera, nunca tenían una hembra como primogénita. Siempre eran hombres. Los Bourque actuales tenían una mujer, pero era la menor de los hermanos. Me parecía creer que era menor que yo, pero no estaba segura.

El príncipe Evan se echó a reír por mis expresiones y mis palabras.

—No te preocupes, si mal no recuerdo tú eres una invitada aquí, así que no debes tratarme de ninguna manera especial y tampoco debes llamarme príncipe. Algunos de mis amigos me llaman Sid, pero prefiero que me llames Evan a secas.

—Trato hecho, príncipe —bromeé—. ¿Por qué Sid? —pregunté con curiosidad.

—Mi segundo nombre es Sidney.

Enifé una risa y tapé mi boca con mi mano, con cuidado de no llenar mi palma con el pegajoso brillo labial que Selest me había aplicado. Evan observaba a sus pies mientras sonreía avergonzado.

—Bueno... —aparté la mano de mi boca y seguí sonriendo—. Mi segundo nombre es Eloïse.

—¿En serio? —levantó la mirada mientras sus ojos relampagueaban con diversión.

—Sí, lo odio. Mi madre siempre me llama así —fngí un escalofrío.

Él volvió a reír y guardó sus manos dentro de los bolsillos de su pantalón.

—El peor es mi hermano. Su segundo nombre es Denis.

Dejé escapar unas cuantas carcajadas cuando escuché eso. Pobre hombre, debe ser devastador que te llamen así luego de *Alaric* que es un nombre tremendamente masculino. No podía dejar de reír y el príncipe Evan estaba haciéndolo conmigo. Había algo en él que me inspiraba confianza cuando recién lo estaba conociendo. En mi mente él era un príncipe petulante, arrogante y caprichoso como Joffrey de *Juego de Tronos*. Pero ahora que lo estaba conociendo demostraba ser lo contrario.

Cuando nuestras carcajadas estaban cesando, una suave campanada llamó mi atención.

—El desayuno está listo —me ofreció su brazo—. ¿Vienes?

Quizá fue su sonrisa seductora y el hecho de que era extremadamente amigable... O tal vez era porque mi estómago estaba rugiendo del hambre y de veras necesitaba alimento, pero tomé su brazo sin dudarlo.

Se notaba que él estaba muy bien acostumbrado a caminar por estos pasillos que para mí eran totalmente desconocidos. Me guió en un cómodo silencio hasta una sala con una larga mesa en el medio, aunque no tan larga como la que suponía que estaba en el comedor real. Había ocho sillas alrededor y dos de ellas estaban en las cabeceras.

El príncipe Evan me llevó hasta uno de ellos y me abrió la silla del medio para que tomara asiento. Luego de agradecerle, me senté y miré el plato que tenía frente a mí, vacío, pero tan lujoso que podría haberme quedado viéndolo todo el día. Tenía dibujos raros y delicados sobre un fondo blanco.

—Lo servirán pronto —musitó llamando mi atención. Levanté mi mirada y le di una pequeña sonrisa. Estaba sentado justo delante de mí—. ¿Tienes hambre?

—Estoy muriendo de hambre —admití sin vergüenza.

Él rio entre dientes.

—Yo también.

Unos tacones haciendo contacto con el suelo comenzaron a acercarse a paso firme. Ni siquiera me di cuenta de que eran más de un par hasta que Seleste apareció con Lynn detrás de ella. En silencio, mi prima se sentó a mi lado derecho y su amiga al lado izquierdo de Evan. La castaña me dio una sonrisa cálida.

—Tanto tiempo sin vernos, Bren. ¿Cómo estás? —preguntó con su voz melódica.

—Estoy bien. Cansada, pero no es algo que no pueda remediar.

Dejó escapar una suave risa.

—Se nota en tu cara, linda. Pero luego de tener algo en tu estómago puedes dormir todo lo que quieras.

Le devolví la sonrisa y asentí.

Lynn y Seleste se conocían desde hacía algunos años. Me hacían acordar a Blair Waldorf y Serena Van Der Woodsen de *Gossip Girl*, pero menos perras. Seleste era rubia hueca y Lynn demasiado buena para ser verdad. Tenía un aura de tranquilidad y bondad que la rodeaba, era la persona más dócil que conocía y la más gentil también. Nunca la había escuchado gritar ni discutir con alguien, siempre era pacífica y serena. Ahora estaba vestida con un vestido floreado y accesorios de plata y oro adornando su cuello y orejas. Su cabello castaño recogido a la mitad y puntas rizadas. Al contrario de su mejor amiga, ella apenas si portaba maquillaje. Siempre me agradó Lynn.

—¡Jacqueline Lèa Bourque! —gritó una mujer, lo que nos hizo sobresaltar a todos—. Baja a desayunar ¡ya mismo!

Seleste, Evan y Lynn rieron entre dientes. Jacqueline me sonaba a que era la menor de los Bourque.

—¡Maldición! —Se escuchó una exclamación proveniente de una voz diferente.

Luego, una adolescente de, por lo menos, dieciséis años apareció en el comedor echando humo por las orejas. Tenía una expresión de cansancio y enojo en sus ojos celestes y su cabello castaño claro estaba recogido en un moño despeinado. Lo más sorprendente de todo, era que aún llevaba puesta su pijama. Una camiseta de tirantes y un simple pantalón corto de conjunto, todo en una suave seda rosa. Iba descalza, sin siquiera calcetines cubriendo sus pies. Tomó asiento a mi lado y bufó.

—Buenos días, Lèa —saludó su hermano con una sonrisa divertida.

—Vete a la mierda, Sidney —respondió ella.

Él la fulminó con la mirada mientras las otras dos reían. Yo sonreí; presentía que esta muchacha me caería bastante bien.

—Parece que no soy la única que quiere seguir durmiendo —comenté con diversión.

Ella volteó a verme con fastidio, pero la expresión se convirtió en confusión al instante.

—¿Tú quién eres?

Me encogí de hombro a su comentario.

—Brenda Thomas.

Los ojos de ella se abrieron en sorpresa y me dio una sonrisa mostrando sus dientes.

—Tú eres la chica de Nueva York.

—La misma.

Extrañaba mi hogar y ni siquiera había pasado un día entero fuera de allí.

Jacqueline asintió y volvió su vista al frente, al mismo tiempo en que Alaric entraba al comedor seguido de dos personas mayores, los que supuse eran sus padres... los reyes de Goldenwood.

El rey Richard era una copia de Alaric y Evan, pero en grande. Tenía los ojos verdes y el cabello rubio, de línea ósea fuerte y rasgos rudos y suaves al mismo tiempo. Muy alto y esbelto. La reina Lucinda era la de los ojos celestes y cabello castaño, con una mueca de desagrado permanente en sus labios y nada de felicidad en sus ojos.

El rey tomó asiento en la cabecera con la reina a su izquierda, y Alaric se sentó en la cabecera opuesta. La reina Lucinda, apenas estuvo acomodada, regañó a su hija con la mirada. Era extraño, porque era como si ella hubiera sido hermosa algunos años atrás... Como cuando uno mira a su abuela y piensa «de joven seguro rompió algunos corazones», con la diferencia de que la reina Lucinda no tenía más de 50 años.

—Buenos días a todos y perdón por la tardanza. —Se disculpó el rey—. Brenda, bienvenida seas a Goldenwood —sonrió con amabilidad—. Espero que disfrutes tu estadía. Puedes consultarme lo que sea, y si yo no estoy disponible puedes hablar con cualquiera de mis hijos o mi esposa, Lucinda. ¿De acuerdo?

—Sí, gracias.

—¿Cuántos años tienes, querida? —preguntó la reina.

¿Era raro que ella me diera mala espina? ¿O yo era demasiado taciturna? Porque escupió la pregunta como si se lo estuviera preguntando a alguien con quien realmente no quería estar relacionada.

—Cumplí 18 hace dos meses.

El rey frunció el ceño, como si estuviera perdido.

—Pensé que eras mayor de edad.

Enarqué una ceja.

—Lo soy.

Silencio. Pasaron unos segundos en los que todos se miraban entre todos. ¿Acaso no me creían que tenía 18? Había sido

glorioso alcanzar la mayoría de edad. Conseguir identificaciones falsas para entrar a los bares de Nueva York era mucho más fácil y ni hablar cuando quería comprar una cerveza.

Lynn rio en voz baja un momento después.

—En Estados Unidos eres mayor de los dieciocho. Aquí, en Goldenwood, no eres considerada adulta hasta que no cumples los 21, Brenda.

Creo que mis hombros cayeron al piso.

—¿En serio? —susurré, consciente de que nadie me había escuchado.

—Aquí es al revés —murmuró Jacqueline en mi oído. La miré sorprendida y ella me dio una sonrisa pícara—. La mayoría de edad es a los veintiuno, pero la edad para tomar y salir es a los 18. Lo sé, estúpido, ¿verdad? —rio en voz baja—. ¿Qué día de marzo cumpliste los años?

—14 —respondí, omitiendo hacer algún comentario sobre el pequeño pedazo de información que acababa de adquirir.

Sonrió con emoción y asintió con su cabeza.

—Yo cumplí 16 el 12.

Y ahora casi que compartía mi cumpleaños con una princesa.

Un momento después, varias personas con uniformes blancos y azules y bandejas con comida en sus manos hicieron una entrada coordinada. Colocaron las bandejas en la mesa y, luego de hacer una reverencia, se retiraron. Nadie hacía amague de atacar la comida que nos habían puesto enfrente y tenía que admitir que se veía deliciosa para estar conteniéndose. Mi estómago estaba esperando ansioso.

—Buenos días, familia Bourque y compañía —un hombre calvo y de tez morena saludó entrando un segundo después—. Hoy día Nenna y Ninni les servirán.

Como en señal, dos muchachas con el mismo color de piel que el hombre —y caras tan parecidas que supuse que eran hermanas—, entraron con una sonrisa. Primero sirvieron al rey y a la reina, luego a Alaric y a Lynn. Jacqueline y Evan vinieron después y, por último, Selesté y yo. Se retiraron con una reverencia también, junto al señor que las presentó. Vaya, todo el sistema que tenían para solo una comida en el día...

Mientras comíamos, un teléfono comenzó a sonar. Yo estaba muy entretenida con la exquisitez que estaba ingiriendo como para darle importancia o escuchar las conversaciones ajenas a mí, así que solo seguí enfocada en lo que estaba haciendo.

—¿Hola? —«Ah, era el celular de Selesté», pensé con desdén—. Oh, hola... Sí, todo está bien... Uh, sí... No, aún no sabe nada y no creo que lo haga por ahora. Hay una fecha estipulada para eso... —No volteé a mirarla, pero se me ocurrió que sonaba como si estuviera hablando de negocios—. Estamos desayunando... Bueno, adiós.

Un momento después de que hubo terminado la llamada, mi celular comenzó a sonar. Como ella no había pedido permiso yo tampoco lo hice. Saqué el teléfono del bolsillo trasero de mi odioso pantalón blanco y observé la pantalla con una sonrisa; era Candace.

—Hola tú.

—¡Hola Bren! ¿Cómo estás?

Podía sentir su emoción desde aquí.

—Estoy bien, desayunando —dije antes de meter un pedazo de lo que fuere en mi boca.

No conocía nada de lo que estaba comiendo, pero me encantaba. Era de ese tipo de persona que le gustaba cualquier tipo de comidas y no discriminaba a la hora de comer. Era de metabolismo más que rápido.

—¿En serio? ¿Qué hora es allí

—Son casi las ocho de la mañana. ¿Qué hora es ahí? —pregunté luego de tragar.

—Son las dos de la mañana —musitó seguido de un bostezo.

Mis cejas se alzaron por la sorpresa. Dejé el tenedor al lado del plato y apoyé mi espalda en el cómodo respaldo de la silla, descansando mi brazo libre sobre mi estómago regocijado. Por inercia, mi mirada se levantó y me encontré con Evan cabizbajo tratando de ocultar una sonrisa que estaba creciendo en su rostro, mientras revolvía la comida con su tenedor.

—¿Por qué no estás durmiendo?

Él no era el único. Recorrí con mi mirada el resto de la mesa y todos estaban o mordiendo sus labios para no sonreír o sonriendo ligeramente. Incluso el rey. La reina, sin embargo, era la única que me estaba fulminando con la mirada. No, mejor dicho, estaba disparando cuchillos con los ojos hacia mi dirección.

—Porque estaba esperando poder hablar contigo antes de dormir. ¿Es lindo allí?

—Lo es. En realidad no he visto mucho aún.

Candace bostezó de nuevo antes de volver a hablar.

—Bien. Espero que puedas enviarme fotos. —Y otro bostezo.

—Sí. Ahora ve a dormir antes de que me contagies tus bostezos —reí entre dientes.

—Dime que me quieres y lo hago.

Puse los ojos en blanco al instante; era de esperarse.

—Si lo hago, cortaré justo después.

—Me conformo con eso. Adiós, te quiero.

—Yo también te quiero.

Y terminé la llamada como le había dicho. Luego agregué por lo bajo un *idiota* que parece que no había pasado desapercibido

porque, como si fuera posible, los ojos de la reina Lucinda me fulminaron aún más. Ahora no estaban enviando cuchillos, sino dagas, sierras y serruchos.

Se levantó de un salto y negó con la cabeza en mi dirección.

—*Tu es l'une irrespectueuse*¹ —espetó con un francés muy fluido.

Luego giró sobre sus talones y salió del comedor. ¿Por qué le parecía irrespetuosa? Selesté también había hablado por teléfono y a ella no le había dicho nada. Me encogí de hombros y dejé mi celular en mis piernas para poder tomar el tenedor y dar otro bocado de comida.

—Eso fue divertido —rio Jacqueline a mi lado.

Mastiqué, tragué y luego remojé mis labios. Estaba oficialmente llena.

—Jacqueline —trató de advertir el rey, pero estaba sonriendo, así que no le sirvió de mucho.

—¿Qué cosa? —pregunté de forma divertida.

—Tú hablando por teléfono —dijo en el tono de «es obvio»—. Mamá odia que la gente hable por teléfono en la mesa, más si es la primera comida del día. Fue divertido porque tú eres nueva aquí y ni siquiera preguntaste. —Volvió reír—. ¡Genial!

—Yo solo lo hice porque Selesté lo hizo. —Me excusé, apuntando a mi prima con mi pulgar.

—Pero yo... Eh...

—Ella recibió una llamada importante y le mostró quién era a Lucinda antes de contestar —explicó el rey aún con una sombra de sonrisa en sus labios.

Asentí y luego tomé un poco de leche. En un momento, cuando la comida se hubiera asentado en mi estómago, me iba a dar

¹ Eres una irrespetuosa.

sueño y lo que iba a querer hacer era dormir. Bueno en realidad yo siempre quería dormir, el problema era que no lo conseguía en todos los lugares, como en el maldito avión.

—¿Te gustaría recorrer la ciudad un poco, Brenda? —preguntó el rey Richard con amabilidad.

—Oh, eso sería bueno pero estoy muy cansada. Me gustaría descansar —respondí con educación.

Él asintió en señal de entendimiento y siguió con su desayuno.

—En realidad podríamos dar un paseo rápido antes de que duermas, ¿no te parece? —propuso Selesté apresuradamente. Yo negué con la cabeza, pero ella se levantó de la silla y me agarró del brazo levantándome con ella—. Sí, haremos eso. Le mostraré a mi prima su cuarto para que cambie su ropa y luego podemos salir. Con permiso.

Ni siquiera me dio tiempo de pedir permiso a mí, solo me arrastró con ella a donde fuera que estábamos yendo. Primero salió del castillo al patio trasero y luego caminó hacia el otro costado. No entendía hacia dónde me estaba llevando, pero después vi que había un sector apartado del castillo, adornado de la misma manera. Había varias puertas enumeradas y estas tenían largos espacios entre sí, con una parte del techo cubriendo la acera que rodeaba la construcción y columnas.

Me llevó a una que tenía el número 8 y entró rápidamente.

La habitación era enorme y mis bolsos ya estaban sobre la cama, lo que quería decir que dormiría ahí. Vaya, esto era gigante para solo una persona. La cama era lo que más llamaba mi atención, era de esas que tenían cuatro postes de madera en cada esquina y unas telas amarradas a ellos. A cada lado había una mesa de noche con una lámpara. Había una mesa con sillas, un sector con televisor pantalla plana y sillones, incluso, había una barra con banquetas; una puerta que demostraba ser el baño y otra

parecía ser de un armario. Demonios, ese armario estaba lleno de ropa que odiaría y tendría que usar. También había un tocador con un banco y un gran espejo. En ese había diferentes cosas con las que podría maquillarme y peinarme de saber hacerlo.

—Brenda, ¿tienes novio? —preguntó Selesté abruptamente.

Giré para mirarla con evidente confusión.

—¿De qué estás hablando?

—¿Quién te llamó por teléfono hace un momento?

—Candace.

—No me estás mintiendo, ¿verdad? —incurrió con desesperación.

—Sí. ¿Por qué me estás preguntando todo esto?

Me crucé de brazos

Suspiró y se sentó en la que ahora era mi cama. Rascó su frente y me miró insegura.

—¿Tienes novio? —preguntó con tranquilidad.

—Sí.

—¿En serio? —gimoteó.

—Sí.

Me miró con ojos de arrepentimiento, se remojó los labios, mordió su labio inferior, tomó un mechón dorado de su cabellera y lo giró en su dedo índice.

Esto me estaba sacando de quicio, de veras. Ella suspiró.

—Debes terminar tu relación con él, Bren.

—¿Por qué? —cuestioné con desdén.

No me importaba lo que ella dijera, no le haría caso. Ya demasiado con que iba a vivir en el otro lado del océano Atlántico y lejos de las personas que quería, no iba a hacer lo que ella me dijera.

—Porque... Porque... ¡Porque simplemente debes! Viniste aquí para separarte de Nueva York, si continúas la relación todo lo que tus padres están tratando de hacer por ti se irá por la borda.

—¿Y tú crees que a mí me importa lo que ellos están tratando de hacer por mí? —espeté—. Ellos quieren apartarme de mi origen, pues yo no. Por eso mismo no terminaré con una relación que me costó mucho.

También estaba el hecho de que ambos, Sean y yo, habíamos decidido tener un tiempo para pensar en lo que haríamos, pero eso no quería decir que todo estaba perdido y no estaríamos juntos nunca más. O por lo menos eso era lo que a mí me gustaba pensar. Además, ahora mis padres eran conscientes de que él era profesor en mi anterior preparatoria... ¡Demonios!

—Si no terminas tu relación con quien quiera que estés, entonces tendré que llamar a tus padres para que tomen medidas. Lo más seguro es que no vuelvas a América en mucho tiempo, así que no te esfuerces en mantener una relación a distancia cuando lo más sano sería dejarla.

La fulminé con la mirada; ahora sí estaba furiosa, ¡¿Cómo se atrevía?! Todo era tan malditamente injusto que me daban ganas de llorar, pero no. Por supuesto que no me quebraría frente a ella. Claro que no.

Cuando vio que no planeaba responderle y que solo deseaba quemarla con mis ojos, se levantó de la cama y pasó delante de mí hacia el otro lado, entrando al armario. Estuvo un momento allí haciendo el típico ruido que hacen las perchas sobre tubos de metal al deslizarse. Un momento después, salió con ropa en sus manos. Casi vomito cuando vi que había algo rosa allí.

—No tengo tiempo de buscar accesorios ahora, pero ponte esto y ve a la habitación 6, es en la que estoy yo. Allí haré algo con tu cabello para que podamos salir.

—¿Por qué no puedo ir como estoy? —pregunté con algo de fastidio.

En mi opinión, mi madre había hecho un buen trabajo eligiendo esta ropa y yo era muy difícil de complacer en ese sentido. Habitualmente siempre vestía de negro.

—Porque aquí en Goldenwood está prohibido usar tanta ropa negra. Solo usamos ropa negra cuando estamos de luto o de fiesta. Ya has visto que la ciudad es viva en colores, no puedes salir como estás vestida ahora, lo siento —dijo en ese tono que quería decir que no lo sentía en lo absoluto. Caminó hacia la puerta, la abrió para salir y volteó a verme con una sonrisa—. Te espero.

Me acerqué a la cama con algo de miedo. No sabía si la ropa tomaría vida y me convertiría en algo esponjoso como eran algunas chicas que iban a mi secundaria. Qué asco, todo de rosa. Esperaba que no toda la ropa que Seleste hubiera comprado fuera así. Debería entrar al armario para comprobarlo...

Sin muchas vueltas, me saqué la ropa que tenía puesta y me puse la que me mi prima me dejó. Era un pantalón corto holgado, medio de color celeste pálido con rosas de rosas. Hacia arriba, era una camisa rosa pastel manga larga con botones esféricos color bronce. No estaba segura, pero creía que la camisa iba adentro del pantalón corto por todas las muchachas que había visto en mi ciudad vestirse así; insegura, lo hice. Luego me calcé los tenis blancos que eran como si no me hubiera puesto nada. La tela era súper fina y la suela también.

Tomé mi celular del bolsillo de mi pantalón blanco y lo guardé en el short, lista para enfrentar el infierno de entrar a la habitación de mi prima Seleste. Cuando entré, ella estaba frente al espejo de un tocador igual al mío planchando sus hebras doradas. Uno pensaría que ella ya estaba lista para salir hace horas, pero ahora estaba vestida diferente, con un vestido color verde.

Su cuarto tenía dimensiones semejantes al mío, con la excepción de que el de ella mostraba cosas que lo hacían de ella. Adornos, afiches, fotos, entre otras cosas.

—¡Allí estás! —exclamó cuando me vio—. Entra.

Cerré la puerta y apenas me adentré un poco más en el lugar. Casi pegada a la pared me crucé de brazos.

—Oh, supiste cómo poner la camisa —comentó con asombro cuando giró a verme.

—Seré un desastre para vestirme, pero no soy una ignorante. He visto cómo las chicas visten en esta generación.

—Bien. Ahora ven aquí. —Se levantó y palmeó el banco— Así podré hacer que estés aún más presentable.

Poniendo los ojos en blanco, hice lo que me indicó. Cuanto más rápido termináramos con esto, mejor. Seleccioné la banda que sujetaba mi cabello y la dejó en el tocador, luego tomé un cepillo y comenzó a desenredar. ¡Joder, eso sí dolía! Tenía el pelo muy enredado y ella me estaba cepillando como si fuera una salvaje.

—¡Auch! —Me quejé—. ¿Puedes ser un poco menos bruta? Vas a dejarme pelada.

—¡Oh, chica! Necesitas un corte inmediato, tus puntas están hechas un desastre. Tienes suerte de que no sepa cómo hacerlo, sino ahora tendrías el cabello por los hombros.

Mi pelo me daba lo mismo, ¡solo quería que dejara de lastimarme!

Luego de castigar mi cuero cabelludo, Seleccioné pudo tenerlo desenredado. Agarró la plancha de pelo y lo alisó completamente con rapidez, ya que era extremadamente fino. Luego hizo algo raro: separó un mechón de abajo y lo dejó suelto, puso una banda para pelo muy gruesa y lo sujetó. Hacía movimientos raros y aunque la estaba viendo por el reflejo del espejo no podía lograr

entenderlo, solo me llamaba la atención la expresión de concentración que teñía su rostro.

—Listo. Tu cara está bien, así que no hace falta más maquillaje. Tal vez quieras ponerte estas gafas de sol para que la gente no vea tu total expresión cuando vas por la calle. Todos lo hacemos.

Me dio unos que eran de marco blanco y espejos negros. Dio media vuelta y vi que entró a su armario. Observándome mejor en el espejo, vi que me había hecho un rodete con una trenza rodeándolo. Vaya, no tenía idea de cómo lo había logrado, pero no estaba nada mal.

Unos minutos después estaba sentada en la parte de atrás del auto del príncipe Evan. Jacqueline estaba sentada en el lado del copiloto mientras él manejaba. Seeste estaba con su novio en el auto del príncipe Alaric y Lynn; en otro coche iban guardias de seguridad.

—¿Estás emocionada? —preguntó la menor de los Bourque, arrodillándose en su asiento para girar a verme con una sonrisa en sus labios—. Goldenwood es hermoso en esta época del año.

—En realidad solo quiero terminar este paseo lo más rápido posible para volver a mi habitación y acostarme a dormir —musité con un encogimiento de hombros—. Sé que es muy lindo, vi un par de casas en el viaje al castillo.

Ella me miró divertida.

—Eres muy honesta. Me gusta.

—¿Gracias?

—¡Cuando quieras! —rio antes de darse la vuelta y sentarse bien. Luego se asomó por el costado de su asiento—. Por cierto, llámame Jackie.

Asentí con mi cabeza pero no dije nada más.

—Déjala respirar, Jackie —rio Evan.

—Vete a la mier...

—Sin maldiciones en mi auto, por favor —interrumpió su hermano.

Ella rodó sus ojos y volvió a sentarse bien en su lugar.

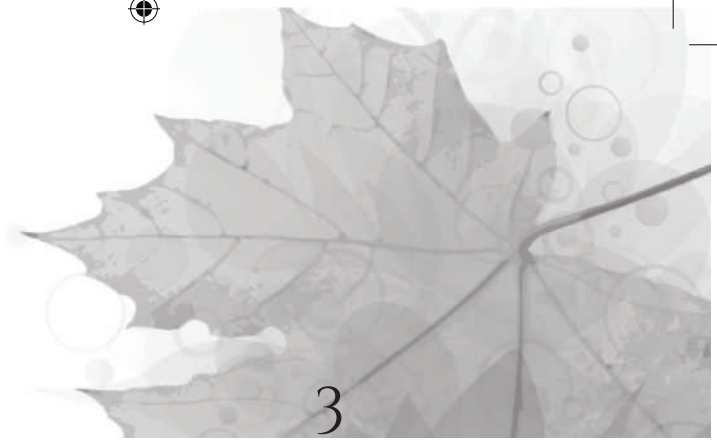
Un momento después, el príncipe estacionó y bajó del auto. Jackie y yo lo imitamos, colocándome los anteojos de sol antes de salir. No pude evitar girarme hacia todos lados cientos de veces, me sentía fuera de lugar por ser la única extranjera. Había muchísima gente en el centro de la ciudad y en su mayoría estaban vestidos con colores pasteles, suaves y coloridos, pero no de esos que te escocían los ojos con una sola mirada.

—Muchachas —musitó Evan ofreciendo ambos brazos.

Jackie se prendió de su brazo derecho y me miró con una sonrisa antes de hacer un ademán con su cabeza hacia el otro brazo de su hermano. Lo tomé insegura, sintiéndome un enano. No me creía de baja estatura, pero al lado de los hermanos Bourque seguro lo parecía.

Alaric, Lynn, Seleste y su novio iban adelante, se reían de quién sabe qué. Había guardias alrededor. Comenzamos a recorrer el lugar mientras Jackie y Evan hacían comentarios que me hacían reír, por ejemplo, criticando la vestimenta de algunos ciudadanos que parecían payasos. Algunas mujeres necesitaban de una Seleste Girard en su vida, como yo la tenía.





Los siguientes tres días los pasé encerrada. Salía por las tardes a recorrer el castillo y nadie me lo impedía, solo paseaba por los pasillos solitarios y caminaba por los grandes jardines. Los Bourque me permitieron desayunar, almorzar y cenar en mi habitación a solas, ya que aún estaba afectada por el jet lag e ingería las comidas con diferentes horarios. De a poco me iba a acostumbrando, pues Nenna siempre me despertaba a la hora promedio en que todas las demás personas lo hacían.

Sean aún no me había llamado y eso me tenía bastante decaída. No sabía si nuestra relación podría seguir adelante o quedaría estancada en esa llamada de despedida en el aeropuerto de Nueva York. Estaba segura de que seríamos capaces de continuar con la relación si nos lo proponíamos, pero todo recaía en él, pues había sido su idea tomarnos un tiempo para pensar y debía ser él quien hiciera la primera llamada. Si fuera por mí, yo ya la hubiera hecho y hubiéramos tenido una conversación vía Skype.

En una de mis múltiples caminatas por el castillo, escuché conversaciones entre la reina y el rey. No me permitía quedarme a oír, pero siempre eran sus voces. Personalmente, no entendía cómo el rey Richard podía soportar a alguien tan frívolo como la reina Lucinda.

El cuarto día, sin embargo, no pude elaborar la misma rutina. Luego de que Nenna hubiera retirado la bandeja de desayuno, Selesté entró a mi habitación con un chillido.

—¡Buenos días, prima pequeña!

—¿Qué quieres? —pregunté con desdén.

Aún estaba de pijama y pretendía mirar alguna película. No estaba en mis planes que mi prima irrumpiera en mi nueva habitación. En lo absoluto.

—Hemos sido invitadas junto con los Bourque a un club privado —expresó con emoción—. ¿No es genial?

—No lo sé. ¿Lo es? —estaba hablando con aburrimiento para que captara que no tenía ganas de hacer nada ni hoy ni nunca.

—Sí. —Cerró la puerta—. Ahora te pondrás un bikini, un lindo vestido y estarás lista para salir.

Como era de esperarse, entró al armario y comenzó a buscar. Hablando del armario, todavía no había comprobado que toda la ropa no fuera rosa.

Salió de allí con un vestido celeste claro y sandalias de plataforma blancas. Iba a negarme —como siempre—, pero ella sacudió su cabeza antes de que pudiera pronunciar palabra. Como me había dado una ducha la noche anterior, solo me puse el maldito vestido mientras ella reparaba en una revista del lote que Nenna dejaba todas las mañanas. Yo le había dicho que no hacían falta, ya que yo no las leía, pero ella afirmó que eran órdenes de la reina y no podía desobedecer.

—¿Cómo demonios se ponen estas cosas? —pregunté tratando de descifrar cómo poner mis pies dentro de esos zancos.

Selesté se echó a reír y se acercó a socorrerme. Las sandalias no eran demasiado empinadas, pero tenían bastante plataforma, lo que quería decir que me harían más alta y me sería difícil caminar. Solo había usado tacones un par de veces cuando mamá me llevaba a alguna cena importante en el club del que ella era socia. No era buena, aunque sabía cómo disimularlo bastante bien.

Sujetó mi tobillo y lo pasó por adentro de la sandalia, luego agarró las tiras que quedaban sueltas y las ató alrededor de él.

—Ahora intenta hacerlo tú sola con el otro pie —ordenó.

Hice lo que me dijo e imité sus movimientos anteriores. Metí mi pié en la sandalia y luego até la tira que quedaba suelta alrededor de mi tobillo. Vaya, finalmente no era tan difícil. Seleste estiró su mano para ayudarme a levantar. Con su ayuda, agarré su mano y me impulsó hacia arriba, esbozando una sonrisa cuando nuestros ojos se encontraron a la misma altura.

—Genial, ahora déjame hacer que tu cabello luzca más prolijo y presentable.

Caminé hacia el tocador con la poca confianza que me quedaba. Mi prima no hizo ningún comentario, así que supuse que no lo había hecho tan mal como yo pensaba. Me senté frente al gran espejo y ella se colocó detrás de mí. Esta vez le costó menos trabajo desenredarlo. Cepilló y usó la plancha de pelo para emprolijar mis ondas. Luego me perfumó, aplicó rímel y dejó el resto de mi cara libre de maquillaje.

Me dio un bolso pequeño que tenía un lazo largo y me la colgué al estilo bandolera, guardando en ella mi celular y un poco de los euros que me habían otorgado el primer día. Cuando salimos de la habitación, los tres hermanos Bourque estaban afuera con Lynn. A mi lado, Seleste dejó salir un suspiro que pareció desalentador, algo que era muy extraño en ella.

—¿Por qué ese suspiro? —pregunté a regañadientes.

—Marco. Él dijo que vendría. Parece que nunca tiene tiempo para mí últimamente. —se cruzó de brazos y su labio inferior se curvó ligeramente.

—Tal vez esté trabajando, Sel.

Giró a mirarme con una cara de pocos amigos.

Oh, vaya.

—Él es el primo de los Bourque y trabaja en el mismo lugar que Alaric. ¿Tú ves a Ric en su oficina?

Como una tonta, giré a ver al príncipe mayor, quien se encontraba abrazando las caderas de su futura esposa mientras se daban besos y sonreían. Cuando volví a ver a mi prima, ella lucía un tanto triste.

—Oye, quizá haya una razón, ¿sí? Diviértete ahora y luego puedes llorar tranquila o, mejor, conversar con él, pero por ahora no te desanimes. —Puse una mano en su hombro con torpeza.

Se giró para verme con una expresión de incredulidad en su rostro, aunque después me brindó una ligera sonrisa.

—¿Tú dándome consejos a mí? —preguntó retóricamente—. ¿Quién lo hubiera pensado?

Solo le di una sonrisa.

—¡Vamos, chicas Morel! —exclamó Jacqueline—. ¡Queremos largarnos de aquí!

Selesté y yo reímos, dirigiéndonos hacia ellos. Mis pasos todavía eran torpes, así que caminé de manera lenta, causando otras risas. Entretanto, los demás se acercaban a los coches, el príncipe Evan me esperó.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó divertido.

—La única solución sería quitarlos, pero un poco de ayuda sería muy bien recibida —reí entre dientes.

Ofreció su brazo izquierdo con una sonrisa y me sujeté de él con confianza, pues era eso lo que él me inspiraba. Ahora, con estos tacones, tenía su misma altura y podía caminar con un paso más ágil teniendo su cuerpo pegado al mío. Ese pensamiento provocó que me sonrojara; Evan era muy atractivo y una parte de mí tenía debilidad por sus buenas pintas, pero debía recordar el hecho de que había otro hombre esperándome en mi verdadero hogar, uno con el cual todavía no tenía las cosas resueltas.

Hicimos el viaje de la misma manera que la vez anterior. La menor de los Bourque dijo que no haría un viaje silencioso otra vez, así que conectó su celular al equipo de música.

A causa del poco tránsito ese día en Goldenwood, llegamos antes de lo esperado al club privado. Había autos por demás y gente por doquier, pero no me dejé intimidar. El príncipe nos escoltó hacia adentro. Un hombre estaba controlando la entrada y Evan no parecía siquiera amagar para detenerse y mostrar su identificación; después de todo, él era el príncipe del lugar. El hombre nos detuvo de todas maneras.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Jacqueline.

—Ustedes pueden ingresar, pero ella no. —Me apuntó con su índice—. No si no es socia.

—Disculpe, pero fuimos invitados y ella viene con nosotros —aclaró Evan.

—No me importa. No es socia, no entra.

El príncipe iba a volver a decir algo, pero su hermana levantó la mano y luego subió sus gafas de sol hasta su coronilla, regañando con la mirada al hombre que era, por lo menos, veinte años mayor que ella. De cualquier manera, eso pareció intimidarlo sutilmente.

—Está ofendiendo a mi amiga, a mi hermano y a mí. La señorita Morel ha viajado desde América para pasar un buen rato y usted se lo está obstruyendo. Así que, por favor, hágase a un lado y déjenos pasar —musitó con voz firme y tranquila al mismo tiempo, sonando más madura.

El aludido abrió los ojos cuando ella mencionó mi apellido y se corrió al instante, murmurando un «lo siento» por lo bajo. Cuando estábamos lo suficientemente lejos de allí, Jacki y Evan comenzaron a reírse entre sí. Yo todavía estaba confundida.

—¿Por qué todo el mundo reacciona de esa manera cuando escuchan mi segundo apellido? —pregunté ignorando sus risas.

Evan se puso algo rígido a mi lado y ambos dejaron de reír. Jackie me dio una sonrisa serena antes de hablar.

—Tu abuelo es el duque, Brenda. Es normal que la gente reaccione así.

—Ya... —musité—. A veces lo olvido.

—Entiendo —dijo simplemente.

En un silencio cargado por una extraña tensión, nos adentramos al club. Que, por cierto, era gigante. Había varias piscinas, canchas de diferentes deportes (pero en su mayoría de tenis) y lo que parecía una mansión. Según Jackie, era un «refugio» donde tenían un gran patio de comidas y algunas habitaciones en el segundo piso, para cuando las personas querían quedarse a pasar la noche. Los niños tenían su propio espacio para jugar y había sectores separados por intereses y edades.

Nosotros fuimos a un sector en el cual no había mucha gente, pero las edades oscilaban de 20 a 30 años. Por supuesto que a Jacqueline y a mí no nos interesó, ingresamos allí de igual manera. Nos ubicamos en una mesa redonda que tenía una sombrilla arriba para que no nos molestara el sol. Seleste y Lynn ya se habían quitado sus ropas y andaban solo en traje de baño. Jackie, por su parte, se había sacado su camiseta y yo aún seguía con el vestido celeste. No sabía de qué estaban hablando, pero tampoco me interesaba. Me deshice de los zancos y caminé dentro del pequeño (pero igualmente lujoso) bar.

Algunas personas estaban teniendo un aperitivo, mientras otras solo tomaban un trago. Yo necesitaba emborracharme, sentía que desde décadas atrás no lo hacía y todo el estrés que estaba sintiendo por estar en Goldenwood me estaba impulsando a hacer cosas que no debía.

—¿En qué le puedo servir, *mademoiselle*? —preguntó el mozo.

—Quiero algo fuerte. Vodka —decidí.

Él me miró divertido.

—¿Puedo ver tu identificación?

—No la tengo aquí, pero todo el mundo está usando mi apellido para favorecerme. Así que, soy «la señorita Morel».

Sus cejas se alzaron al momento.

—¡Ah, señorita Morel! —pronunció con asombro—. Lamento no haberla reconocido. Disculpe, un Vodka en camino.

Le sonreí encantada.

Cinco tragos más tarde, yo apenas si podía hablar y cada cosa que el mozo decía me hacía reír. Tenía el sexto en mi mano, pero ni siquiera tenía la suficiente fuerza de voluntad para levantarlo y llevarlo a mis labios. Él volvió a reír por mis acciones y yo reía por su risa. No podía parar. Todo me resultaba divertido, incluso cómo las cosas a mi alrededor giraban sin parar o se veían borrosas. Eso era lo que me gustaba de estar ebria; el mundo se veía diferente, no era el mismo.

—¿Brenda? —alguien llamó detrás de mí.

Giré un poco mi cabeza para encontrarme a Evan caminando hacia mí con el entrecejo fruncido. Esbocé una sonrisa perezosa y el medio de su cejas se juntó aún más.

—¿Estás bien? —preguntó con preocupación.

—*Je suis ivre*¹ —contesté sin vergüenza.

Me miró con asombro.

—¿Ebria? —asentí con una risita—. ¿Y hablas francés? —preguntó aún si creerlo, cuando me había escuchado.

—*Oui, sexy* —afirmé y volví a reír.

—Dios mío —suspiró.

De ahí en adelante, todo me pareció tan borroso que apenas si lo recordaba. Escuché la voz de Alaric preguntando «qué demonios había pasado» y Evan dándole respuestas. También dijo que ahora yo era su responsabilidad, así que debía encargarse de

1 Estoy ebria

sacarme de allí sin que nadie notara que yo estaba borracha. Evan me cargó al estilo novia y salió conmigo en brazos, pues se me bajó la presión.

Luego sentí que estaba en un asiento cómodo y mi cara apoyada en un pecho duro y firme, con un olor exquisito rodeándome constantemente. Escuché las voces de Evan, Alaric y Jackie en ese entonces, pero mis párpados pesaban tanto que no podía levantarlos. Muchas palabras y acciones pasaban alrededor de mí, sentí que nos movíamos, pero no tenía ni la más mínima idea de dónde estaba. Solo podía concentrarme en los brazos que me rodeaban y el rico aroma con el que mi nariz se deleitaba. Con eso en mente, sentí que cada vez estaba más inconsciente, hasta que para mí todo fue negro y extrañamente placentero.

Cuando volví a cobrar consciencia, estaba acostada sobre algo muy suave y cómodo. Abrí los ojos con lentitud, para darme cuenta de que estaba acostada en mi cama, aún llevaba puesto el vestido celeste y las sábanas y el edredón cubrían mi cuerpo. Me incorporé de golpe, provocando que mi cabeza comenzara a punzar. Me llevé las manos hacia ambas sienes y cerré los ojos, tratando de aliviar el dolor. En el momento en que los abrí, salí lentamente de la cama y algo sobre la mesa de noche llamó mi atención. Era un vaso con agua, dos pastillas y una nota. Frunciendo el entrecejo con confusión, la levanté:

«Toma las dos píldoras y métete en la ducha. Cuando sean las seis y media, ponte el vestido que está en la silla del tocador y ve a mi habitación para que te peine. Esta noche hay una cena importante y debes estar allí.

Sel <3>

Tomé las píldoras y luego busqué la cartera que llevaba puesta, allí adentro estaba mi celular y necesitaba ver la hora. No la encontraba por ningún lado con la mirada y aún no me sentía lista para levantarme de la cama. Tampoco fue hasta que moví

mis brazos y uno rozó con algo a mi costado, que fui consciente de que aún la tenía puesta. Lo saqué con fastidio solo para ver que eran las seis y debía estar lista dentro de poco. ¡Maldición! Había dormido una eternidad, o así era como se sentía.

Me metí en el baño para disfrutar de una ducha rápida y caliente. Cuando salí aún era temprano, así que decidí llamar a Candace. En Nueva York era mediodía y ella ya estaría despierta.

—¡Bren! —exclamó con felicidad al segundo tono.

Reí y recobré la alegría.

—¿Cómo estás Candie?

—Aburrida. Mis padres salieron y no tengo con nadie con quien pasar la tarde. ¿Qué hay de ti?

Le relaté los sucesos del día y mi actitud vergonzosa. La verdad era que no me arrepentía de haberlo hecho, necesitaba ver el mundo de la manera en que lo hacía cuando los cables de mi cabeza se desconectaban. Candace y yo conversamos hasta que le pregunté la hora y me dijo que eran las siete menos veinte minutos. Casi le cuelgo sin avisarle.

El vestido era color coral, con ese tono más naranja que rosa. Era de una tela muy fina, por lo que debajo venía con otra tela blanca para que nada se trasluciera. En la parte de frontal llegaba a unos cuantos centímetros por encima de mi rodilla, pero en el reverso terminaba al nivel de mis gemelos, casi como si fuera una cola. En la parte de la cintura tenía un lazo blanco antiguo que combinaba con los tacones.

Cuando toqué la puerta del cuarto de mi prima, ella me abrió con una sonrisa, pero había algo en sus ojos que demostraba nerviosismo. Entré sin decir una palabra, ya que aún mi cabeza andaba floja por los tragos de horas antes.

—Siéntate frente al tocador. Hay que estar en el comedor a las siete y media y has llegado tarde.

Puse los ojos en blanco e hice lo que me dijo. Comenzó a maquillarme y luego a peinarme. Esta vez mi mente estaba tan fuera de lo actual que ni siquiera me di cuenta de lo que estaba haciendo. Empecé a recordar mis palabras y acciones y me sentí avergonzada mientras lo hacía. Le había dicho a Evan que era sensual, practiqué el francés y también dejé que me tomara en brazos. Y, lo peor de todo, era que no lo había sentido como un error. ¡Por todos los malditos cielos! Aún estaba esperando la llamada de Sean. Era como si me estuviera dando por vencida y no me gustaba para nada.

—Estás lista. Vamos ya, no queremos llegar tarde.

Asentí distraídamente y tomé un momento para mirarme al espejo. Había vuelto a hacer el rodete con una trenza alrededor y me gustaba. Delineó mis párpados, rímel en mis pestañas, un polvo rosáceo en mis pómulos y un ligero brillo labial. Debía admitir, por más que odiara el maquillaje, que Selesté era buena en esto.

Caminamos en silencio hasta el castillo. Afortunadamente anduvimos por el sendero de cemento que nos llevaba allí, sino me hubiera resultado imposible caminar por el césped con los tacones enterrándose en él. Selesté llevaba una expresión que me preocupaba, no solo porque no estaba parloteando como siempre hacía, sino que tampoco irradiaba emoción y felicidad, que era propio de ella.

—¿Estará, ehm..., Marco en la cena de hoy? —aventuré a decir, tratando de que soltara algo.

Negó en silencio moviendo secamente la cabeza. Ni siquiera un amague de expresión. Nada.

En el comedor familiar, Alaric, Jacqueline y Lynn ya estaban ocupando sus lugares en la mesa. Mientras la menor de los Bourque revisaba su celular con aburrimiento, los futuros marido y

mujer susurraban entre ellos en voz baja y se sonreían. Tomé mi lugar al lado de Jackie mientras Seleste lo hacía a mi otro lado. Un momento después, los reyes de Goldenwood y su hijo del medio hicieron su entrada. Evan tenía un semblante lúgubre ensombreciendo su rostro y evitó contacto visual con todos, cabizbajo. La reina emanaba cierta emoción que en su cara lucía un tanto tétrica, mientras el rey lucía serio.

Sin ninguna palabra, la cena fue servida por las personas de uniforme azul y blanco y, esta vez, el hombre moreno no presentó a Nenna y a Ninni; ellas ni siquiera aparecieron. Los mismos que situaron las bandejas sobre las mesas fueron los que nos sirvieron la comida.

La cena transcurrió en silencio, a pesar de que se suponía que era importante; todos estábamos bien vestidos y todavía no había palabra articulada. Era incómodo: sentía a mi prima tensa cada vez que nuestros brazos se rozaban y el príncipe frente mí apretaba con exagerada fuerza su mandíbula. Cuando todos terminamos, los platos ya habían sido retirados y esperábamos el postre, la reina golpeó suavemente su copa de vidrio.

—¿Puedo tener su atención, por favor? Tú, especialmente, Brenda.

—Aquí vamos —masculló Jackie.

—¿Qué sucede? —pregunté con curiosidad, intentando ser cordial.

No soportaba a la reina, pero tampoco podía dirigirme a ella como yo quisiera.

—No viniste aquí a aprender a ser una señorita particularmente, Brenda, sino a casarte.

¿Qué?

Seguro había escuchado mal.

Mis sienes comenzaron a punzar y había sangre rugiendo en mis oídos. De pronto sentía que la comida subía por mi esófago. Iba a vomitar, lo haría en cualquier momento.

—¿Disculpe? —pregunté en un hilo de voz.

—Tus padres no te lo dijeron porque creyeron más conveniente que nosotros lo hiciéramos. Cuando Alaric y Lynn regresen de su luna de miel, en aproximadamente tres semanas, tú y Evan se casarán.

Me miraba con su sonrisa de emoción y sus gestos de presunción, pero podía ver la frialdad en sus ojos. ¿Por qué ella no era como sus hijos y esposo? Amable y gentil. Se notaba que estaba disfrutando de darme las noticias que estaban a punto de arruinar mi vida.

—Mis padres no me harían algo así —dije con la voz quebrada y trémula—. Además, yo soy mayor de edad y no soy ciudadana de Goldenwood. No pueden obligarme a casarme, ni siquiera si mis padres firman por mí. No tendría validez.

Sin embargo, sabía que lo que decía no era del todo cierto. Ellos me habían enviado aquí con el falso motivo de ser una señorita. Me dejé por Sean y porque quizás me merecía el castigo luego de decepcionarlos. Pero ahora tenía conocimiento del verdadero motivo.

Arreglaron un matrimonio a mis espaldas. Por supuesto...

Lucinda negó con la cabeza, aún con esa sonrisa en sus labios. —Eres mayor de edad en Estados Unidos, no aquí. Y sí eres ciudadana de Goldenwood, puedes chequear tu certificado de nacimiento y los papeles legales de tu ciudadanía si lo deseas, Richard tiene copias en su despacho. Aquí nosotros somos tus tutores legales, así que no tienes demasiadas opciones, Brenda querida. No te alteres, no debes preocuparte de nada, Selest me ayudará con los planes de boda mientras tú te emborrachas en lugares públicos —manifestó ásperamente con dulzura fingida.

Vomitaría, era definitivo.

Y mi mandíbula estaba desencajada.

A mis padres nunca se les ocurrió decirme que tenía la ciudadanía goldenwoodense. Nunca. Siempre fui neoyorquina y siempre lo seré. Nacida y criada. ¿Y ahora los reyes eran mis tutores legales? ¿Desde cuándo? ¿Cómo se les había ocurrido a mis padres hacer todo esto a mis espaldas?

—Madre —intervino Evan con voz envenenada—, no le hables así.

La reina Lucinda sonrió aún más.

—Adorable. El príncipe defendiendo a su futura princesa. Esa es la actitud que quiero.

El rey Richard estaba cabizbajo con una expresión seria en su rostro. Él era un buen hombre, pero nunca se enfrentaba a su mujer en público, eso lo había comprobado con los pocos días que había pasado en el castillo recorriendo pasillos sin fin. Los escuché discutir, pero nunca cuando había gente alrededor.

—En exactamente dos semanas y un par de días —dijo la reina con una felicidad que sonaba y se veía perversa—, tú y Evan serán marido y mujer. Príncipe y princesa —escupió.

No pude soportarlo más; me levanté de un salto, provocando que la silla se deslizara detrás de mí haciendo un chillido horrible, y salí de allí rápidamente. Escuché la voz de Seleste y Evan llamándome, pero los ignoré. Me deshice de los horrendos tacos y corrí hacia el jardín.

Corrí, corrí y corrí hasta dejarme colisionar con un mural de ladrillos rojos. Apoyé mi espalda contra él y me dejé caer al césped, abrazándome a mí misma mientras lloraba sin consuelo. Estaba decepcionada y enojada, sin remedio. Mis padres estaban al otro lado del océano Atlántico, no podía decirles lo que sentía en sus caras y eso me provocaba todavía más impotencia.

Mis ojos se vieron atraídos hacia la derecha, donde estaba el gran portón de reja color negra. Mi llanto cesó, pero las lágrimas seguían fluyendo. Había algo en ese lugar que, como la primera vez que lo vi, me traía paz. Aún no había entrado al que todos aquí llamaban Bosque Dorado, pero el solo pensamiento me apaciguaba.

El césped, bajo mis piernas desnudas, me hacía cosquillas frías y la suave brisa primaveral me erizaba la piel. Todavía notaba una enorme tristeza que apesaba mi pecho, pero estar cerca de este lugar especial me calmaba de manera considerable. Si bien sabía que al alejarme me quebraría de nuevo, ahora aprovechaba el extraño momento de serenidad.

—¡Brenda! —alguien llamó.

Volteé hacia el frente, donde el príncipe Evan estaba trotando hacia mí con los tacones. Tenía una curiosa expresión que incomodaba sus facciones. Pude distinguir en él un gesto entre la desesperación y preocupación al mismo tiempo. Cuando estuvo cerca, se agachó frente a mí.

—¿Te parece si vamos adentro? No al comedor, a cualquier lugar en el que estés tranquila y podamos hablar. —Su voz era tranquila, entrecortada tal vez por el trote. Y sus ojos suplicaban que dijera que sí.

Estiró su mano libre hacia mí y me dio un atisbo de sonrisa. Coloqué mi mano sobre la de él un momento antes de sujetarla, observando cómo su gran tamaño y su leve bronceado hacían parecer a la mía escuálida, pequeña y pálida. Volviendo mi atención a sus ojos, dejé que me impulsara hacia arriba.

Sin soltar su mano, caminé hacia el sector de las habitaciones. Si él quería hablar y que yo estuviera tranquila, ese era el mejor lugar. Además, no era cualquier tema el que él tocaría, sino el del compromiso, y creía que si escuchaba esa palabra la cena haría su camino fuera de mi estómago.

—No te preguntaré de qué quieres hablar, porque me parece que es obvio —dije con voz rasposa y nasal en cuanto entramos a mi cuarto.

Me senté con pesadez sobre el sillón largo que estaba frente al pantalla plana. Percibí el ruido de los zapatos contra el suelo y los pasos de Evan al acercarse. Un momento después, lo tenía a mi lado. ¿Ya había mencionado que el sillón no era *tan* largo? Su lado estaba prácticamente tocando el mío.

—Sí... Yo solo... —vaciló—. Yo solo quiero disculparme contigo por no habértelo dicho. No es que no haya querido, sino que me lo tenían prohibido y yo soy lo demasiado idiota como para seguir todas las reglas. No lo hago a propósito, es por la inercia a hacer las cosas bien. Pero ahora me pregunto...

—¿Si has hecho lo correcto? —pregunté por él, girando un poco más mi cuerpo para poder verlo. El príncipe asintió y volteó para verme también. Respiré hondamente y solté el aire con suavidad—. No estoy enojada contigo, Evan —farfullé para su grata sorpresa—. Ojalá pudiera, pero esto no es tu culpa.

Asintió con entendimiento y, en un movimiento inseguro, ubicó su gran mano sobre la mía. La suya era cálida, mientras que la mía parecía un trozo de hielo comparada con la de él.

—No quiero hacerlo, créeme que no quiero, pero mi madre trajo a los *paparazzi* de Goldenwood y debo proponértelo en un rato —dijo para mi espanto. Tomó aire y lo soltó en un bufido—. Quizá odies más a toda mi familia por lo que te contaré, pero es la razón por la que todos se sorprenden cuando saben que tú eres Brenda Morel.

—¿No era porque mi abuelo es un duque? —pregunté entre cerrando los ojos.

—Ese es otro. Pero el real motivo es que todos pensaban que tú eras mi novia.

—¿Qué? —pregunté en un murmullo.

—Sí —suspiró—. El compromiso ha sido arreglado hace más de un mes. La gente aquí piensa que nosotros hemos estado juntos desde hace años y que esta es tu primera vez en Goldenwood porque yo te he invitado para proponerte matrimonio. Suena horrible, lo sé. Mi madre se ha ocupado de que sea así —musitó avergonzado, bajando su cabeza y evitando el contacto visual.

A pesar de que estaba perpleja por las nuevas noticias, puse mi mano libre sobre la de él para llamar su atención. Sus ojos verdes me observaban confundidos y su entrecejo estaba ligeramente apretado. Muy a mi pesar, le di una muy pequeña sonrisa.

—Es un espanto, todo lo es. Y ojalá pudiera escaparme de aquí con algún plan siniestro, pero ¿de qué serviría? Todavía no sé cuidar de mí misma, menos en un lugar que no conozco. Y en el caso de volver a mi hogar por mi cuenta, mis padres me darían un horrible castigo y estaría de regreso aquí al instante. —Me gané una sonrisa de su parte por decir eso—. Nunca perdonaré a mis padres por esto y, disculpa por decirlo, pero no dejaré que tu mamá controle todo. Quieren que me case a los 18, bien, lo haré porque no tengo opción, pero al menos yo seré la que elija el maldito vestido.

Evan dejó escapar una carcajada de sus labios y luego solo se limitó a sonreír. Nos quedamos en silencio un momento. No sé qué habría estado pensando él, pero yo estaba sumida en mis pensamientos mientras sacaba conclusiones sobre hechos pasados. Ahora entendía por qué mis padres habían acordado en dejarme este año libre antes de comenzar la universidad y por qué me dejaban vivir como un murciélago. Dejaron que hiciera de mi vida tiempo un desastre, porque luego estaría en mano de los Bourque: sin salida.

También el hecho de que Seleste se puso como loca cuando se enteró que tenía novio y la reina me llamó irrespetuosa. No

solo por haber hablado por teléfono en el desayuno, sino porque habría sido una falta de respeto hablar con un novio si estaba comprometida con otro.

Estaba algo indignada, tenía 18 años recién cumplidos, aún era una adolescente en Goldenwood, mis tutores legales eran un rey que no se enfrentaba a su esposa y una reina que me odiaba, y para completar sería la esposa de un príncipe en menos de un mes. Sería una jodida princesa.

—¿Evan? —lo llamé con suavidad. Él volteó a verme enseguida. Nuestras manos seguían enredadas—. ¿Qué edad tienes?

Me dio una sonrisa divertida.

—Tengo 22. Los cumplí el mes pasado.

—Ah —expresé sorprendida—. Eres más joven de lo que esperaba.

—¿Acaso esperabas que tuviera, no sé, 30? —preguntó divertido.

—No —reí—, pero creí que tendrías la edad de Seleste.

Negó con la cabeza, aún sonriendo.

—Ella es cuatro años mayor.

—A veces parece más chica que mucha gente —bromeé.

Él rio de mi patético intento de broma y yo me uní. Ambos estábamos riendo a carcajadas y no era exactamente por mi chiste malo, sino porque ninguno quería sentirse miserable por la situación en la que nos encontrábamos. No obstante, mi risa se convirtió en llanto de un momento para otro. Solté sus manos y tapé mi cara, sin importarme que tuviera los ojos llenos de maquillaje negro.

Sin decir nada, Evan me atrajo a su pecho. Mi frente quedó apoyada sobre su hombro, mientras él abrazaba mi cuerpo con uno de sus brazos y con el otro acariciaba mi espalda tratando.

No sabía si sentirme bien porque la situación no era incómoda o sentirme de esa manera porque no lo era. Pero, ¡vamos! Era una maldita adolescente que le gustaba salir de fiesta y pasar las noches con su novio, y ahora se estaba por casar con un hombre a quien conocía hace cuatro días.

—Está bien, Brenda —pronunció con suavidad—. Déjalo salir.

Sollocé aún más. Estaba avergonzada por haberme quebrado frente a él, pero al mismo tiempo estaba cómoda. Tomé respiraciones hondas y traté de dejar de llorar. Tenía que ser fuerte. Saqué las manos de mi cara y limpié mis mejillas, corroborando que se me había corrido todo el maldito maquillaje y todavía teníamos que fingir que me pedía matrimonio. Seguí respirando profundamente y apoyé una de mis manos debajo de su codo, mientras giraba mi cabeza y me acomodaba mejor en su hombro.

Después nos quedamos en silencio, abrazados.

Luego de un momento, se escucharon voces detrás de la puerta de la habitación, pero ninguno de los dos se movió. Un minuto más tarde, la puerta se abrió con un estruendo.

—Cielos —suspiró Jackie—. Vuelvan al castillo —se dirigió a alguien más—, estaremos allí en un momento.

—Pero los camarógrafos están como locos —se quejó Alaric con los dientes apretados.

—Vamos, amor.

Esa era Lynn.

Unos ruidos más tarde, la puerta fue cerrada y los tacones de Jacqueline indicaban que se estaba acercando a nosotros. Sus ojos azules miraron directamente a mis ojos marrones cuando estuvo parada frente a nosotros. Estaban llenos de lástima y empatía.

—Lo siento tanto. Ojalá hubiera podido decírtelo antes, Bren.

Me separé de Evan con un suspiro. Mi boca aún estaba posicionada en un continuo mohín que era inevitable.

—Está bien, Jack. No te preocupes —le di una sonrisa tenue.

Me la devolvió y estiró su mano. La tomé con seguridad y cuando ella me impulsó a ponerme de pie, me recibió con abrazo. La abracé devuelta sin incomodidad. Algo en ella, al igual que Evan, me hacía sentir a gusto. Se separó de mí luego de un momento y me sonrió traviesa.

—No creo que quieras ser mirada por mucha gente con esa cara. ¿Te parece si mejoro un poco tu maquillaje?

No me quedó otra que asentir.

Pasado un rato, yo ya estaba lista otra vez, con mi rostro bien maquillado y mis pies dentro de los zapatos blancos. Cualquiera que nos viera nunca sospecharía que minutos atrás había estado llorando con el alma hecha pedazos. Evan y Jackie ya me habían dicho lo qué sucedería y ya tenía claro qué hacer. Nos detuvimos en un pasillo anterior al gran salón principal.

—Esperen aquí —ordenó Jacqueline—, y cuando yo diga «están viniendo», cuenten hasta cinco y entren al salón. ¿Entendido?

—Entendido —contestamos al unísono.

Jackie giró sobre sus talones y caminó a paso firme y apresurado por el pasillo. Mientras tanto, Evan tomó mi mano y entrelazó nuestros dedos. Giré para verlo con las cejas enarcadas, sorprendida.

—Se supone que hace años que somos pareja, ¿recuerdas? —preguntó con humor y tristeza.

Le sonreí de esa misma manera.

—Sí, lo siento. Tardaré en acostumbrarme.

—Los dos lo haremos, no te preocupes.

Asentí al mismo tiempo que se escuchaba a Jackie exclamar con apuro:

—¡Están viniendo, corran, escóndase!

Uno... Dos... Tres... Cuatro... Cinco.

Empezamos a caminar por el corredor y, antes de entrar al salón, ambos pusimos una sonrisa en nuestras caras. Se suponía que nos amábamos, no que estábamos miserables. Nos detuvimos en un ventanal, aún preparándonos para ser filmados. Los otros también estaban en el salón, seguramente poniendo en actuación diálogos animados para que no pareciera que todo estaba planeado.

—¿Estás lista para sonreír como nunca? —musitó Evan, sonando desdichado.

—Sí —susurré.

Soltó mi mano y pasó ese brazo por encima de mis hombros, y yo atravesé el mío por detrás de su espalda. Apoyé mi cabeza sobre su hombro y él apoyó la suya sobre la mía. Teníamos que tomarnos nuestro tiempo, no podíamos apurarnos y levantar sospechas de que todo estaba horriblemente planeado. Odiaba esto.

A pesar de que esa era la verdad, porque todo estaba, en efecto, meticulosamente ideado, ninguno de los dos dejaríamos que se supiera. Primero, porque su familia se hundiría por el repudio social y, segundo, porque mis padres harían alguna otra cosa para castigarme. No sé, tal vez casarme con un hombre con problemas alcohólicos.

—Lo siento, otra vez, Brenda.

—No lo sientas. No te odio. Si voy a hacer esto, será mejor tener a alguien de mi lado. No tendría sentido odiarte y que además nos vayamos a casar.

—Tienes razón —murmuró—. Bueno, prepárate, porque apesto para las propuestas de matrimonio.

Fruncí el ceño al escuchar sus palabras.

—¿A qué te refieres?

—Esta no es la primera vez que le propongo matrimonio a alguien —dijo sorprendiéndome—. Pero hablaremos de eso en otro momento, ahora no tenemos tiempo.

Su voz se había tornado tan triste.

—¿La amabas? —pregunté sin poder evitarlo.

—Todavía lo hago.

Somos dos, entonces.

—Yo también amo a alguien, Evan. Cuando me lo propongas, piensa en ella y todo saldrá mejor. Yo haré lo mismo cuando tenga que decirte que sí. Solo... No gires cuando te abrace.

—Bueno —susurró apenas audible.

Se separó de mí y me tomó por los hombros, mirando directamente a mis ojos. Tenía una expresión de determinación en su rostro, al igual que de miedo.

—Te amo, Brenda. Y por esa razón quiero pasar el resto de mi vida contigo, porque no sé qué sería de mí sin ti. Sería como... Como estar solo en este mundo.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y la muchacha cursi en mi interior pensó que la mujer que Evan amaba habría sido muy feliz de escuchar sus palabras. Apoyó una rodilla en el piso y tomó mi mano izquierda. Sacó una cajita de color negra de su bolsillo y lo abrió, mostrando un anillo con un hermoso diamante en el medio.

—¿Me harías el honor de ser mi esposa para que compartamos el resto de nuestras vidas juntos?

Mi cara de sorpresa era honesta. No solo por las hermosas palabras, sino por el tamaño y brillo de ese diamante. Yo odiaba las cosas que brillaban, pero eso era... Era impresionante.

Y, por supuesto, mi mente estaba con Sean. Si bien tenía a Evan Bourque frente a mí, traté de imaginarme cómo hubiera sido que el hombre que realmente amaba me lo hubiera propuesto. Obviamente no sería lo mismo, ya que le hubiera dicho que no porque aún soy muy joven para atarme a un hombre de por vida, pero ahora...

—¿Brenda?

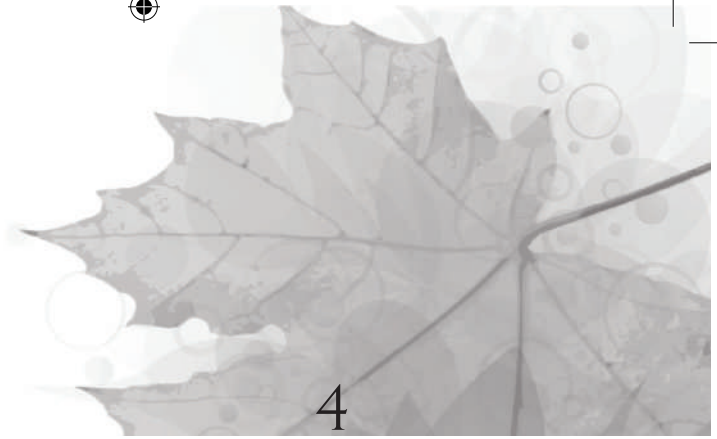
Una lágrima solitaria caía de mi ojo derecho al dar mi respuesta.

—Sí. —Sonreí de todas formas—. Por supuesto que quiero.

Evan me sonrió, sacó el anillo de su caja y lo deslizó por mi dedo anular. Cuando el anillo estaba en su lugar y él sobre sus pies, dejé salir una carcajada y me lancé a su cuello, ocultando mi cara de las cámaras que sabía que nos rodeaban.

Él abrazó mi cintura, encerrándola entre sus brazos, acariciando mi espalda en el momento en que sentí que me vendría abajo. Porque las lágrimas estaban comenzando a caer sin control y aunque podía decir que eran de extrema felicidad por estar comprometida con el amor de mi vida, necesitaba un tiempo para poder recobrar la compostura sin que nadie me viera.

Ah, Sean...



Lloré desconsoladamente toda la noche. La piel de mi rostro ardía y mi garganta estaba seca, con un espantoso sabor amargo. Había pasado una parte de la noche con mi cabeza en el borde del retrete.

Nenna vino como todas las mañanas y dejó una bandeja con el desayuno, pero yo estaba tan nerviosa y asqueada que ni lo toqué. Me aconsejó que tomara un baño y que me quedara en la cama un rato más. Quiso hacerme un té, pero lo rechacé con cordialidad; lo vomitaría.

Después de darme un baño refrescante, me puse un pantalón de algodón largo y holgado con mi camiseta con la estampa de *I love New York*, y me acosté en mi cama sobre el edredón. Intenté llamar a Candace, pero no tuve suerte. La extrañaba y sabía que ella a mí, y entendía que tenía otras cosas que hacer que estar pendiente de su celular.

Si bien necesitaba que ella estuviera conmigo en ese momento, sabía que no era posible. Tal vez había olvidado su celular en algún lugar y por eso no contestaba. Quería a alguien cercano a mí, conmigo. Y no justamente Seleste, que me mintió desde que pisé el aeropuerto de Francia.

Tenía que descansar y no sabía si sería capaz. El día anterior, luego de que Evan me propusiera matrimonio, la reina Lucinda sacó a las cámaras de su escondite y nos hizo hablar frente a ellas. Yo, por supuesto, estaba llorando como nunca, pero conseguí

sonreír entre lágrimas y declarar mi amor hacia él. Nadie dudó de mis palabras. Para concluir, dijo que hoy en la noche se llevaría a cabo la fiesta de nuestro compromiso. Me parecía inútil y estúpido, pero ahora el salón estaba siendo arreglado para mitad de la gente de Goldenwood, alias todos los adinerados con privilegios.

Entré a la página de noticias de Goldenwood. Como era de esperarse, Evan y yo estábamos en la primera página. También había un video y una larga descripción con comentarios debajo, pero no pensaba leerlo.

Alguien tocó la puerta, haciéndome sobresaltar. Evan me salvó de levantarme a abrir, pues la abrió y se asomó.

—¿Puedo pasar? —preguntó en un murmullo.

Me incorporé y apoyé mi espalda contra los almohadones y el respaldo. Asentí y él entró sin dudar. Sin pedir permiso, se subió a la cama e imitó mi posición. No me incomodaba, esta habitación no era exactamente mía y, bueno, él era el hombre con quien pasaría el resto de mi vida. Si bien era algo con lo que aún no estaba acostumbrada a pensar y no era lo que más quería, debía aceptarlo y era una suerte que él era un buen hombre y no un príncipe caprichoso y petulante.

—Su nombre era Isabelle.

Giré a verlo con confusión, pero él tenía la mirada perdida.

—¿Quién?

—La chica que amo. ¿Recuerdas que lo mencioné ayer? Bueno, ella.

El hecho de que había dicho *era* y no *es* no había pasado desapercibido. Se notaba la tristeza en su rostro y en su voz, era como si aún no hubiera pasado el duelo de haberla perdido.

—¿Quieres hablar sobre ello? —pregunté con suavidad.

—¿Estás segura de que quieres escucharlo? —Giró para verme a los ojos. Asentí, no solo porque lo hacía, sino porque era obvio que él lo necesitaba. Volvió su vista el frente y cerró sus ojos—. La conocí en París. Ella estaba observando la Torre Eiffel como si estuviera hipnotizada, como si fuera la primera vez que la veía. No pude evitarlo y empecé una conversación con ella. Luego de conversar por un rato, la invité a tomar algo en una cafetería que conocía y ella me dijo que no tenía dinero para poder pagar nada, ya que, en efecto, era nueva en París y aún no tenía trabajo. La invité de todas maneras, ella era tan buena y hermosa que yo no me pude resistir.

»Conversamos toda la tarde. Al separarnos, supe que querría verla de nuevo, así que le pedí su número y la invité a encontrarnos en el mismo lugar al día siguiente. Así fue y el día siguiente, y el que siguió y todos los días luego de ese. Aprendí que ella era de clase baja y estaba en París buscando un trabajo para poder ganar dinero para pagar algo, una deuda... Ella no me dijo qué era en ese momento. En algún punto tuve que volver a Goldenwood y no podía evitar estar feliz, pues ella era perfecta. Yo creí que sería la mujer con la que pasaría el resto de mi vida. Mi madre se enteró de que estaba saliendo con alguien de clase baja y me prohibió verla, me dijo que si alguien me veía con ella en público se aseguraría de que nunca la viera otra vez.

Lo único que se me vino a la cabeza en ese momento, fueron dos palabras: *esa arpía*. Ni siquiera había dejado que su hijo fuera feliz con la persona que él quisiera.

Evan hizo una pausa, tomó una respiración profunda y continuó:

—Cuando volví a París me aseguré de verla siempre en su apartamento o mi habitación de hotel. Ella supo que yo era un príncipe en el transcurso de esos días y tuve que contarle la amenza de mi madre. Isabelle me dijo que no le importaba lo que

ella dijera, nada podría alejarla de mí. Yo le creí, pero no me arriesgué. Continuamos viéndonos en esos lugares en mis estancias en París. Nadie sabía que yo estaba con ella, solo los de seguridad y yo les pagaba un dinero adicional para que no abrieran sus bocas. Bajo, lo sé, pero no podía arriesgar lo más lindo que tenía en la vida.

»Después de un año, decidí que era momento de dar el gran paso. Le pedí matrimonio y fue lo más embarazoso de toda mi vida. Tenía tantas cosas para decirle en la propuesta que simplemente tartamudeé y me quedé sin palabras. Isabelle entendió de qué se trataba cuando me vio sacando el anillo y aceptó de inmediato. Íbamos a casarnos en secreto y eso era lo más emocionante. Lo que no esperaba, era que unos días después de eso ella tuviera un accidente y terminara en el hospital.

Nunca había visto a alguien actuar tan vulnerable frente a mí.

—¿Qué le pasó? —murmuré suavemente.

—Estaba conduciendo de noche, yendo a casa de sus padres, y estaba tan cansada que se quedó dormida. Chocó de frente. Su rostro quedó tan deformado que ni siquiera me dejaron entrar a verla. Todo lo que ella quería era sacar a su familia del pueblo en el que vivían, poder darles una vida mejor. Lo estaba cumpliendo, de a poco conseguía el dinero y lo ahorra. Pero luego falleció.

No sabía qué decir. No sabía qué pensar. No sabía cómo ponerme en su lugar, porque nunca había perdido a alguien tan cercano a mí, mucho menos al amor de mi vida.

Después de un momento, Evan prosiguió:

—Viajé a su pueblo para darle el dinero a su familia y también ayudé allí. Si ese era el deseo de Isabelle, yo iba a ayudar a cumplirlo. Ellos nunca supieron quién era yo para ella, solo les dije que debía entregar el dinero que les pertenecía. Me quedé

para el funeral y volví a Goldenwood. Tres meses después, mi madre me informó que me casaría con la nieta del duque Abel Morel. Yo no estaba de acuerdo, todavía no lo estoy y, por favor, no te ofendas, porque no es por ti, es simplemente porque yo quería elegir con quién pasar el resto de mi vida. Pero es mi deber y voy a cumplirlo.

Abrió los ojos y me miró con una sonrisa cerrada, limpiando el rastro de una lágrima en su mejilla. Le devolví el gesto, intentando que la lástima que sentía se viera como empatía.

—Su nombre es Sean —dije de repente.

Me sonrió agradecido.

—Continúa.

—Solo si escuchas todo antes de juzgar. Porque todo el mundo lo hizo y odié eso.

—Prometo que no juzgaré sin antes escuchar la historia completa —afirmó divertido, tratando de olvidar la tristeza de segundos atrás.

Asentí y tomé aire, volviendo la mirada al frente para que no viera mi expresión.

—Lo conocí... Me lo choqué un día mientras caminaba apurada. Él se disculpó y, bueno, lo vi y pensé «este tipo está bueno» así que cuando me invitó a tomar algo como recompensa por chocarme, acepté. Me sorprendía que lo fácil que era hablar con él y eso que yo no soy una persona muy charlatana. Intercambiamos números y nos volvimos a juntar. Tuvimos un par de citas, besos, palabras. Yo tenía 17 y él estaba terminando su título en Matemáticas. Él sabía mi edad, sabía quiénes eran mis padres, a qué escuela iba... Sabía todo sobre mí y yo sabía todo sobre él.

»Cuando comencé la escuela ese año, mis padres decidieron cambiarme a una escuela pública, porque, según ellos, estar con mi mejor amiga en la misma escuela me distraía, y yo debía

concentrarme en mis notas. En ese tiempo no vi mucho a Sean, él estaba concentrado en buscar un empleo. El primer día yo estaba sola porque no conocía a nadie y por la misma razón me senté sola en el almuerzo. No prestaba atención a nada, solo a mi comida. Pero, por alguna razón, levanté mi cabeza y él estaba allí.

—¿Qué estaba haciendo él en tu escuela?

Giré mi cabeza hacia la derecha para encontrarme con su entrecejo levemente arrugado.

—Él había conseguido trabajo allí. Él era un profesor y yo era una alumna. —Los ojos de Evan se abrieron con sorpresa, pero se quedó callado, recordando su promesa. Volví la mirada al frente—. Nunca pude decirle que yo iba a esa escuela porque en esos días no lo había visto y él tampoco pudo decirme que había conseguido un trabajo. Nos juntamos en su apartamento luego de ese día y acordamos solo vernos allí. Yo estaba dispuesta a detener todo, pero él no. Nos seguimos viendo a escondidas.

»Recuerdo que él siempre estaba bastante triste por no poder besarme cuando quisiera o tener citas conmigo sin miedo a que alguien nos viera, porque yo sería expulsada y él perdería su trabajo, además de que eso lo marcaría y no le daría libertad de conseguir futuros empleos. Él me declaró su amor un día y yo no sabía qué decir. Era cómodo pasar el tiempo con él, era un buen besador y, además, estaba bueno. —Evan rio y yo sonreí—. No pude decirle que lo quería porque no lo hacía y sé que eso le dolió, pero no se dejó vencer. Seguimos encontrándonos algunos días, más besos, más momentos compartidos. Fue en esos días, sabiendo lo que él sentía por mí, que yo comencé a desarrollar sentimientos hacia él también. Sentimientos reales. Y no dejé mucho tiempo pasar, se lo dije apenas lo supe... Apenas lo sentí.

Tomé una respiración profunda.

—En fin —solté el aire—. Él seguía siendo un profesor de la misma escuela a la que yo iba. Al menos no era *mi* profesor, pero

trabajaba allí de todas formas. No sé cómo hizo, pero consiguió dejar esa escuela y conseguir un empleo en otra. Los dos estábamos felices. Podíamos salir a donde quisiéramos. Él me quería, yo lo quería, estábamos bien. En ese tiempo la gente se enteró de lo nuestro y comenzaron a juzgar, pero no me importó. Cuando cumplí 18 fue un alivio, porque podíamos seguir siendo una pareja sin la palabra *ilegal* gravitando en nuestros oídos.

»De todas maneras, la última vez que nos vimos no fue del todo placentera. Ambos estábamos borrachos, él terminó algo enojado porque yo no quise tener sexo con él, y yo me enojé porque él estaba demasiado ebrio como para escucharme. Yo solo... Ahora lo extraño y desearía poder haberle dado un último beso. Solo un beso.

Fue mi turno de que se me escapara una lágrima, con la diferencia de que yo la limpié apenas sentí que se deslizaba por mi mejilla. La mano de Evan tocó mi muñeca, llamando mi atención. Giré a verlo, y me encontré con su expresión de empatía.

Mantuvimos la mirada. Él me miraba de una manera que yo no entendía y yo se la devolvía sin saber tampoco cómo. Aunque no estaba incómoda, porque con él nunca podía estarlo. Era extraño.

Evan dejó escapar un suspiro y sus comisuras se curvaron en una tenue sonrisa.

—Tengo una sorpresa para ti esta noche —manifestó con tono cómplice.

Cambiando mi expresión, levanté mis cejas con asombro.

—No será otro de estos, ¿verdad? —pregunté levantando mi mano izquierda, en la que estaba el anillo.

Rio un momento y negó con la cabeza.

—Por supuesto que no. Es, en realidad, mucho mejor.

¿Mucho mejor que un diamante? Y eso que dicen que los diamantes son los mejores amigos de las mujeres.

—¿Qué es? —pregunté un tanto emocionada, olvidando el tema anterior.

—No te lo diré, es una sorpresa.

Me moví para quedar sobre mis rodillas y salté un poco, moviendo el colchón debajo de nosotros.

—¡Dime!

No me gustaba admitirlo, pero me encantaban las sorpresas.

—No —rio.

Iba a seguir insistiendo, pero alguien tocó la puerta de mi cuarto antes de abrirla. Lynn se asomó con una sonrisa gentil y una percha con un largo enfundado tapando lo que fuera que estaba debajo. Le sonreí, pero mis labios cayeron cuando vi que Seleste estaba detrás de ella. La fulminé con la mirada apenas puso un pie en la habitación.

—Buenos días a los dos —saludó la castaña—. Evan, tu padre quiere verte, te está esperando en su despacho.

Sentí que se levantó de la cama con un suspiro desalentador.

—Pasaré a buscarte a las siete y media. Es cuando todos los invitados estarán en el salón —me dijo con seriedad y luego sonrió cálidamente—. Gracias por confiar en mí, Brenda.

A pesar de que Seleste y Lynn estaban en la habitación, le devolví la sonrisa y olvidé momentáneamente mi enojo con mi prima.

—Gracias a ti.

Asintió cortamente y salió de la habitación.

—Brenda... —me llamó Seleste.

Lynn hizo su camino hacia el armario.

—No quiero hablar contigo.

Evité el contacto visual.

—Por favor, tú sabes que no podía decirte nada!

—¡No me importa! —espeté mirándola con furia—. Tú eres mi prima, podrías, al menos, haberme dado una pista. Advertirme. Ayer me preocupé por ti porque estabas toda triste, pero ahora me alegro que lo hayas estado, te lo mereces. Quizá es por eso que tu novio no pasa tiempo contigo, porque eres una maldita perra mentirosa —escupí enfurecida.

Sabía que tal vez había sido demasiado cruel, pero no me importaba, no me retractaría de mis palabras. Se suponía que ella fuera sincera conmigo y no lo había sido. Sus ojos se llenaron de lágrimas y Lynn volvió a aparecer en una fracción de segundo, observándome con incredulidad.

—Puedes decirme todo lo que quieras e insultarme, sabes bien en el fondo que es lo que tuve que hacer. No tenía opción. Todos aquí sabían, todos, y conmigo eres con la única que estás enojada —reprochó Seleste con la voz quebrada.

—Sí, porque tú eres mi prima. Tú y yo compartimos sangre.

Bajó la mirada y mordió su labio inferior. Lynn me miró insegura antes de poner la mano sobre el hombro de su amiga.

—Dejé tu vestido para esta noche en tu armario. Unas horas antes de la fiesta vendrán para ayudarte a prepararte. —Le echó una mirada a su amiga una vez más antes de volver a observarme—. Yo también lo sabía y lo siento, pero creo que debes pensar en tus palabras antes de dejarlas salir. Nos vemos en la tarde.

Tomó a su amiga por los hombros y la guió afuera del cuarto. Me dejó pensando, ya que fui demasiado dura con mis palabras, pero no lo podía evitar. Estaba furiosa y resentida y era con ella con quien me había descargado. Busqué mi celular en mi mesa de luz y marqué de nuevo el número de Candace. Uno, dos, tres, cuatro, cinco tonos y no atendió. Necesitaba sus palabras y ella parecía no estar disponible. Me estaba volviendo loca.

Una luz se prendió en mi cabeza y, aunque vacilé un poco, marqué el número de Sean. Tal vez esta podría ser la oportunidad para conversar y contarle lo que estaba sucediendo. Eso llevaría a que él dejara de meditar sobre nosotros y se diera cuenta de que yo ya no valía la pena. Era una causa perdida. Sin embargo, pasó lo mismo que con Candie: nunca atendió.

Ya no sabía a quién llamar. Tenía más conocidos en Nueva York con los que siempre salía de fiesta, pero esos no eran mis amigos y no confiaba lo suficiente como para darles una llamada. Tampoco pensaba llamar a mis padres, eso no entraba ni siquiera en las opciones. Estaba por darme por vencida cuando alguien tocó la puerta y se asomó con una pequeña sonrisa.

—Hola, Bren. ¿Puedo pasar?

Analicé sus ojos celestes a la distancia. Jackie parecía una de las personas más confiables dentro de los Bourque, además de Evan. No pensaba que Ric fuera malo, pero no lo conocía lo suficiente para dar un buen criterio. Asentí en silencio y ella se acercó con pasos largos acordes a sus piernas. Subió a la cama y se arrodilló en diagonal a mí.

—No estés enojada con él, por favor —suplicó luego de un momento de silencio.

Fruncí en entrecejo con confusión.

—¿De qué estás hablando?

—Evan. No es su culpa, es de nuestras madres. Si hubiera algo para poder evitar el compromiso, incluso el matrimonio, él lo haría, yo lo sé con certeza. Pero no lo odies, por favor. Él perdió su última novia de una manera horrible y no merece ser odiado sin razón. Sé que tú no quieres, pero tendrás un buen rato a su lado, si solo supieras...

—Jack —quise interrumpir.

Estaba divagando y las palabras salían de su boca con torpeza y apuro.

—...Todo lo que él ha sufrido por amor, no merece ser dejado de lado una vez más. No te estoy pidiendo que lo ames, solo que permanezcas a su lado y que por lo menos seas su amiga. Si van a estar casados, por lo menos deberían de poder llevarse bien, ¿no lo crees? Piénsalo, Bren, podrían ser, al menos, una pareja feliz. Y...

—¡Jacqueline! —exclamé, mi voz saliendo con fuerza. Ella detuvo su discurso abruptamente, mirándome con los ojos bien abiertos. Sabía que estaba nerviosa por la forma en que retorció sus manos en su falda y mordía sus labios—. No lo odio —sostuve con suavidad—, ni siquiera estoy enojada con él. Ambos tenemos... Ambos tenemos personas a quienes amamos y, lamentablemente, la de él ya no forma parte de este mundo, pero los dos estamos pasando por un lapso relativamente difícil.

Los ojos de Jackie se contonearon con incredulidad.

—¿Te habló de Isabelle? —susurró.

Asentí lentamente, sin entender su repentina expresión.

—Sí —musité—, y yo le hablé de Sean, mi novio. Bueno, parece que es mi exnovio ahora.

Ella respiró hondo y remojó sus labios, entornando ligeramente sus ojos. Sus manos aún se retorcían en su falda.

—Él nunca conversó con nadie sobre ella. Solo... A nadie. Ni siquiera con Ric, o sus amigos Soufiane y Edouard. Nadie sabe lo que pasó realmente. Excepto, bueno, tú.

Mis cejas se alzaron con sorpresa, pues no me esperaba eso. Para nada. Mi mente estaba procesando las palabras de Jackie, absorbiéndolas. Si no había hablado de ese tema con nadie, ¿por qué lo había hecho conmigo? «Porque quiere que lo entiendas» una parte de mi mente susurró. Quizá, quizás no. No podía estar segura.

Jacqueline se fue un momento luego de esa confesión. Las cosas se estaban poniendo algo tensas, ya que ninguna de las dos sabía qué decir al respecto. Una parte de mí estaba asustada por la repentina confianza de Evan hacia mí, pero la otra estaba orgullosa y feliz de que mi-futuro-a-ser-esposo tenía esa confianza. Estaba tremendamente confundida.

Él día pasó rápido, sin incidentes. Nenna preguntó si quería almorzar, pero aún me sentía algo nauseabunda y prefería quedarme en mi habitación sin comer. Tenía un gran nudo en el estómago. Reintenté llamar a Candace, pero no hubo caso. Vi una película, leí las revistas de moda y chismes de Goldenwood. Lo hice con tal desinterés que ni siquiera recordaba lo que había leído.

Volví a darme un baño, esta vez rompiendo mis propias reglas al quedarme más de media hora bajo la lluvia de agua caliente. Estuve en la misma posición hasta que mi cuerpo estaba entumecido y mis dedos arrugados. Sabía que era cuestión de tiempo antes de que llegaran las personas que me ayudarían a vestirme, peinarme y maquillarme, así que me puse la ropa interior solamente y una bata arriba.

Cuando traté de contactar a mi amiga una vez más, la puerta de mi cuarto sonó, indicando que alguien estaba tocando. Resignada, dejé el celular en la mesa de luz y me acerqué a la puerta simulando una sonrisa; sabía que eran ellos y no podía verme triste si era mi fiesta de compromiso.

Un hombre alto y rubio estaba del otro lado de la puerta con más de una cirugía plástica en su cara, y dos muchachas detrás de él con unos bolsos. No me hacían falta dos dedos de frente para saber que el hombre era gay, pero algo en su sonrisa me hizo saber que era lo suficientemente amable.

—Tú debes ser la futura princesa, Brenda, ¿correcto? —preguntó sonriendo con travesura.

A pesar de mi humor, sonreí genuinamente al escuchar su acento. Era una mezcla entre italiano, francés e inglés, y era muy gracioso y algo difícil de entender. Sin embargo, asentí.

—Sí, entren, por favor.

—¡Genial! Yo soy Fabio y estas son mis ayudantes, ehm... Digámosles Fulana y Mengana, porque realmente no recuerdo sus nombres. Embarazoso, ¿verdad? —rio y entró a mi cuarto.

No pude evitar reír. Las muchachas giraron sus ojos y siguieron a Fabio.

—Ahora, querida, siéntate aquí mientras examino tu delicada cabellera.

Casi bufaba a ese comentario, pues sabía que mi cabello era de todo menos delicado. Hice lo que me dijo. Por el espejo veía que Fulana y Mengana abrían sus bolsos, tomaban cosas y las colocaban en el tocador. Fabio tomó las puntas de mi cabello e hizo una mueca. Lo miré divertida mientras él levantaba la vista y me devolvía la mirada por el espejo.

—Muchacha... Tu cabello está horrible —reí entre dientes por su declaración, mientras él negaba su cabeza con desaliento—. Todavía tenemos mucho tiempo hasta que la fiesta comience, ¿te parece un corte y un leve baño de queratina?

Arqué una ceja a modo de pregunta.

—¿Qué demonios es eso? —pregunté algo ácida.

Mi padres eran adinerados y todo, y mi mamá pasaba la mayor parte de su tiempo en el salón de belleza del cual es copropietaria, pero eso no quería decir que yo tuviera alguna idea sobre toda esas tonterías. Ni siquiera sabía qué era la queratina.

Fabio me miró con empatía.

—Chica, se nota que nunca te ha atendido un peluquero serio. La queratina es como una chaqueta impermeable para

tu cuerpo cuando llueve, con la excepción de que tu cabello sí se mojará, pero no tendrás el horrible friz que se está haciendo ahora.

A mi no me importaba el friz de mi cabello, me daba lo mismo. Solo me encogí de hombros mientras pensaba en qué clase de corte estaba pasando por la cabeza de Fabio, al mismo tiempo en que él tomaba las puntas de mi cabello y las fulminaba con la mirada.

—¿Hace cuánto que no te cortas el cabello? —Abrí la boca para contestar, pero él levantó la mano haciendo que me callara—. Espera, no contestes eso, realmente no necesito ni quiero saberlo. ¿Qué te parece por los hombros? Las puntas feas se irían y, además, te haría ver más... Adulta.

Volví a encogerme de hombros.

—Seguro, ese corte estaría bien.

—Aunque deberíamos ver el vestido que llevará —terció una de las asistentes—. Así podemos peinarla de manera que quede acorde a él.

Fabio ladeó la cabeza hacia ambos lados, aún observando mis puntas.

—No sabía que tenía asistentes tan inteligentes —dijo en voz baja—. ¿Podrías decirnos cómo es tu vestido, Brenda querida?

Mastiqué mi labio interior con algo de nerviosismo y vergüenza antes de responder.

—En realidad todavía no he visto mi vestido todavía.

Fabio me dio una mirada llena de incredulidad antes de apurarme a buscarlo para que pudieran verlo. Soltó algunas palabras en francés mezcladas con italiano, lo que no me dejó entenderle nada. Riendo por lo bajo por su reacción, entré a mi armario y saqué la percha con la funda que Lynn dejó horas antes. Lo puse sobre la cama y abrí el cierre, sonriendo ligeramente con alivio

cuando vi que no era rosa. Esta vez Selesté pensó un poco más en mí y menos en ella, e, incluso, si estaba enojada, me hacía sentir un poco mejor.

Lo saqué de la funda y levanté la percha en alto para poder apreciar el vestido. Una de las asistentes jadeó y tapó su boca con sus manos, mientras la otra veía la prenda boquiabierta. Fabio solo sonrió sardónicamente.

—Ese es un hermoso vestido. El príncipe Evan babeará sobre ti cuando te vea —comentó.

—Cielos —murmuró una de las asistentes—, sí, así de hermoso es el vestido de compromiso, no me quiero imaginar cómo será el vestido de novia —dijo con una sonrisa de ensueño.

Fabio no me dejó ni siquiera pensar algo que decir, volvió a colocar el vestido en la cama, me tomó por los hombros y me sentó frente al espejo. Comenzó a desenredar mi cabello mientras Fulana y Mengana apreciaban el vestido.

Aproximadamente dos horas después, mi cabello ya estaba cortado y peinado, con el baño de queratina incluido, y las asistentes ya me habían maquillado y arreglado las uñas. Lo otro era nada muy exagerado, solo habían ondulado mi pelo y puesto maquillaje suave en color, lo único fuerte era el delineador líquido sobre mis párpados. Mis labios estaban cubiertos por un color fresa.

Las asistentes de Fabio me ayudaron con el vestido, cerrando el cierre de la espalda y acomodando las telas. La parte de adentro tenía una falda corta del color de la parte superior del vestido que llegaba unos centímetros arriba de mis rodillas, ya que la larga parte inferior era de una gasa algo translúcida. El único accesorio que tenía encima, era el anillo de compromiso. Aún no me había visto al espejo, pero Fulana, Mengana y Fabio me dieron una mirada de aprobación.

Luego de darme unos zapatos blancos de tacón demasiado altos para mi gusto, las asistentes salieron de la habitación, no sin antes desearme suerte y felicitar me. Les sonreí y les agradecí. Fabio, sin embargo, se quedó un momento después de que se fueran.

—Está muy linda, futura princesa. Solo quería decirle que no lave su cabello mañana, así la queratina tendrá más efecto. —Asentí y le sonreí agradecida, sintiendo como mi cabello apenas si rozaba mis hombros a causa de las ondas perezosas—. ¡Oh!, y que si quiere, puedo decirle el sí a la reina Lucinda.

Fruncí el ceño y ladeé mi cabeza, poniéndome tensa al escuchar su nombre.

—¿De qué estás hablando, Fabio?

—La reina me propuso ser su peluquero para el día de la boda, pero aún no le he confirmado. Quería conocerla primero y saber qué piensa usted.

Se sentía raro que me hablara con formalidad, pero no comenté nada al respecto.

—Sí, por supuesto —aseguré con otra sonrisa, relajando mi cuerpo.

Fabio se despidió de mí besando el dorso de mi mano y murmurando algo en italiano que no comprendí.

Suspirando, me acerqué a mi celular para intentar llamar a Candace otra vez, pero solo me llevó a la contestadora. Sentía una punzada de inquietud al ella no atender, era muy raro. Las primeras llamadas podía entenderlo, porque tal vez se estaba bañando o estaba ocupada, pero ya todas las otras... No era coincidencia. Tomé respiraciones hondas tratando de calmarme; por más que quisiera escuchar la voz de mi mejor amiga, necesitaba preocuparme por la fiesta que se estaba asomando.

A paso lento y poniendo en práctica mi caminata en zancos, me acerqué al espejo de cuerpo entero, mirándome a mí misma con impresión al verme reflejada. Era raro, porque sentía que la chica que me devolvía el reflejo no era yo, sino alguien de muchísima más clase... Una princesa. Solo faltaba la tiara. No quería admitirlo, pero el vestido sí era una hermosa pieza de gasa color aguamarina oscura, más cerca del verde que del azul. La parte de arriba ajustaba mi delgada figura hasta la cintura, con detalles abstractos texturados y al mismo tiempo acordes. No tenía tirantes, pero sí una gasa más fina y unos tonos más oscuros que el vestido sujetando de mis hombros. Era largo, pero se podían ver las puntas de los zapatos por debajo.

En ese momento, me hubiera gustado tener a alguien conmigo. Me sentía sola y, aunque me gustaba la soledad, siempre sabía que si necesitaba a Candace, ella estaba ahí; que si necesitaba a Sean, él estaba allí. Lo mismo con mis padres. Ahora, en cambio, no tenía a nadie. Si bien Selesté era mi prima, ahora estaba reacia a perdonarla y pedirle compañía. Pensar en eso me recordó que debía llamar a Sean e informarle de las últimas noticias, pero era difícil si no contestaba mis llamados, o si los ignoraba. Aún no estaba segura si ese era el caso.

Sentía ganas de llorar. No solo porque me veía más linda de lo que nunca antes había lucido, sino porque me sentía ridículamente sola y estúpida. Toda la situación era abrumadora, tenía 18 años y sería una princesa en menos de un mes.

Una maldita princesa.

Una lágrima rodó por mi ojo y tomé uno de los pañuelos de papel que estaban en el tocador, pasándolo con delicadeza por mi mejilla. Afortunadamente, las asistentes no me habían delineado la parte de abajo de los ojos ni puesto base, solo un poco de rubor, así que no se me corrió nada. Seguía intacta por fuera, cuando por dentro estaba quebrándome despacio.

Un golpe en la puerta me hizo dar un respingo y, desviando mi mirada del espejo al reloj colgado en la pared, me di cuenta de que ya eran las siete y media. Evan estaba afuera. Tragando con fuerza, me acerqué a la puerta, sintiendo cómo mi estómago me hacía unas cosquillas incómodas por los nervios. Cuando mi mano estuvo en el pomo, tomé una respiración honda y la abrí, dejando a la vista al príncipe Evan.

Aunque estaba bastante apuesto con ese esmoquin blanco y una pajarita que combinaba con mi vestido, su expresión reflejaba la mía. Sus ojos viajaron por mi atuendo y terminaron en mi rostro, dándome una pequeña sonrisa. Se puso de espaldas y ofreció su brazo derecho, como de costumbre. Sonreí ligeramente para mí misma, cerré la puerta y crucé mi brazo con el suyo.

Comenzamos a caminar rumbo al castillo por el sendero de granito en un cómodo silencio. Cabizbaja, miraba la punta de los zapatos de tacón a cada paso y no pude evitar preguntarme qué diría Sean si me viera vestida así. Yo nunca usaba vestidos, solo faldas cuando salía de fiesta y ni siquiera me preparaba demasiado.

Cuando llegamos al salón en donde la fiesta se estaba llevando a cabo, la reina Lucinda estaba parada fuera de las puertas junto con dos hombres vestidos exactamente igual, vigilando. Ella sonrió de manera conforme cuando sus ojos nos capturaron. Llevaba un vestido largo también, pero de mangas largas y de color negro. Era extraño, pero hoy sí se veía atractiva.

—Justo a tiempo. Muy bien. —Inclinó su cabeza en aprecio.

Bueno, todo lo que ella podía apreciar...

—¿Ya todos están aquí? —preguntó Evan un poco tenso.

Inconscientemente, acaricié su brazo con la mano que tenía allí y eso pareció relajarlo un poco. La reina asintió y enarcó una ceja antes de girar sobre sus talones y entrar al salón, dejándonos

atrás. Los hombres cerraron la puerta y volvieron a sus posiciones. Tomé una respiración trémula y el brazo que tenía cruzado con Evan se tensó.

—¿Estás bien? —preguntó con preocupación.

Cerré mis ojos y volví a respirar profundamente. Ahora que lo preguntaba, sentía algunas náuseas, producto de no haber comido nada en todo el día y parecía que al momento me estaba afectando, pero no le presté atención a mi cuerpo y asentí con mi cabeza antes de volver a abrir los ojos.

—¿Qué se supone que tengamos que hacer cuando entremos allí? —musité.

—Va a haber mucha gente que no tiene nada que ver con el reino, solo son gente adinerada que pudo comprar su invitación, por decirlo así, y otras que fueron realmente invitadas por tener contactos. También habrá condes y duques de Goldenwood, aunque la mayoría de ellos son parte de la familia; políticos y miembros del parlamento con sus familias. Ellos serán los que querrán saludarnos primero, así que estarán al principio del salón. Algunos querrán besar tu mano, otros solo inclinarán su cabeza. Las mujeres querrán darte besos en ambas mejillas —explicó con calma.

Mis cejas se levantaron a escucharlo, ¿besar mi mano? ¿Besar mis mejillas? ¡¿Qué demonios?!

—¿Qué clase de fiesta de compromiso es esta? Pensé que solo entraríamos y comeríamos algo, música, baile... Personas viejas ebrias...

Evan rio entre dientes y negó con la cabeza.

—Esto es Goldenwood, Brenda. Aquí es diferente. Las fiestas de compromiso son muy comunes en familias normales, solo se hace entre familia y amigos, pero yo soy un príncipe y eso significa que debo presentarte adecuadamente a los hombres que

ayudan a mi padre a gobernar y, bueno, a algunas personas de sociedad que son por demás entrometidas. Por eso quieren saludarnos al entrar. Las familias que no tienen nada ver con el reino solo cenarán y nos saludarán cuando ellos quieran.

Puso los ojos en blanco.

Vaya, una acción que nunca antes había visto en el príncipe Evan.

Su explicación tenía sentido y la entendía, pero ya me sentía incómoda y ni siquiera había entrado al salón. Además, al final de la noche mi rostro iba a doler por fingir sonrisas. Asentí y noté que él estaba mordiendo el interior de su mejilla, otra cosa que nunca antes lo había visto hacer.

—¿Qué pasa? —pregunté con una suavidad que no sabía que existía en mí.

Quizá el hecho de que yo sabía casi exactamente cómo él se sentía me hacía tratarlo así. No me importaba, en el poco tiempo que lo conocía sabía que era un buen hombre y su aura amigable siempre lo rodeaba, haciéndome confiar.

—Te lo voy a contar porque creo que necesitas saberlo por si acaso, pero no pienso hacerlo a menos que sea extremadamente necesario, ¿de acuerdo? Además, no quiero que estés incómoda.

Fruncí el ceño por sus palabras.

—¿De qué estás hablando?

—No habrá cámaras filmando, pero si habrá una cierta cantidad de fotógrafos. Mi mamá les permitió entrar como si nada y me hubiera resultado raro conociéndola, pero, obviamente, tiene un motivo.

Apretó su mandíbula y su brazo se volvió a inquietar.

Apoyé mi mano libre sobre la tela de su saco y acaricié levemente.

—Dime.

—Quiere que te bese, en frente de todas esas cámaras —dijo en voz baja.

Me quedé boquiabierta por la sorpresa, pero luego cerré mi boca y apreté mis dientes casi haciendo que rechinaran. No podía creerlo. Mi paciencia sobre la reina estaba llegando a un límite y no sabía cuánto tiempo más podría permanecer callada y respetuosa frente a ella sin estallar. Respiré, otra vez, para calmarme. Sentía la sangre corriendo por mis venas, hirviendo por el enojo que de repente se apoderó de mí.

—Siento mucho decir esto, Evan. Pero oficialmente odio a tu madre —dije con seriedad.

Eso lo hizo sonreír mostrando sus dientes y luego dejar escapar una risa. Negó desalentadoramente con su cabeza y apoyó su mano libre sobre la mía, haciendo que mi furia se disipara.

—No te preocupes. La quiero, porque es mi madre, pero sí... A veces es una arpía.

Fue mi turno de reír un poco. Les eché una mirada rápida a los hombres que estaban vigilando la puerta y, para mi sorpresa, tenían una sonrisa divertida en sus labios. Me relajé a la vista y dejé salir el aire nervioso de mis pulmones.

—Creo que es momento de que entremos, ¿verdad? —pregunté en un hilo de voz.

Evan asintió y le dio una señal a uno de los hombres, quien dijo algo en voz baja. Estaba muy tensa y él también. Ninguno de los dos quería esto; este no era el lugar en el cual queríamos estar, ¿pero qué podíamos hacer para evitarlo? Absolutamente nada. El hombre que murmuró anteriormente, levanto la palma y separó sus dedos, indicando el número cinco. El príncipe asintió otra vez.

—Entramos en cinco. Por cierto, Brenda... Estás hermosa —dijo dándome una media sonrisa.

Levanté mi mirada hacia él y algo que casi nunca antes me había pasado, sucedió: me sonrojé. Fue leve, apenas apreciable, pero ahí estaba el calor en mis mejillas. Era una sensación con la cual no estaba acostumbrada. Desvié la mirada y sonreí ligeramente.

—Gracias. —Apenas se escucharon mis palabras.

Nos quedamos en silencio y, antes de darme cuenta, se escuchaba la voz de alguien presentándonos. Evan suspiró y masculló un momento antes de que las puertas se abrieran:

—*Je déteste ce type de fêtes*¹.

Puso una sonrisa falsa en sus labios.

Dejé salir una carcajada y asentí con mi cabeza, sonriendo también.

—*Moi aussi*².

Y las puertas se abrieron.

Había música suave acompañando el ambiente, muchos aplausos y sonrisas, muchas ropas caras y besos incómodos, pero, para nuestra suerte, eso pasó rápido. Como Evan me había dicho, la mayoría de los hombres tomaron mi mano derecha y besaron el dorso; esos sonreían amables. Los que se inclinaban, dando a entender que no querían ningún tipo de contacto físico con nosotros, estaban tan serios que parecían hechos de yeso. Las mujeres, falsas o no, besaron ambas de mis mejillas y las de Evan con una sonrisa.

Había una sola mujer que me saludó que parecía genuinamente feliz de estar allí y, aunque al principio no la había reconocido, su cabello rubio, ojos celestes y rasgos familiares, me hicieron

1. Odio este tipo de fiestas.

2. Yo también.

dar cuenta que se trataba de la hermana de mi mamá, madre de Seleste y mi tía: Adelle. Ella fue la única que tomó mis hombros con delicadeza al saludarme y fueron sus labios los que tocaron mis mejillas con besos reales, al contrario de los anteriores.

Mesas largas se encontraban a los costados del salón; y una sola, mucho más grande y elevada en un semiescenario, estaba a la cabecera de todas. Suponía que el rey Richard y la reina Lucinda se sentarían en el medio con nosotros a los costados, pero, para mi sorpresa, éramos nosotros los que nos sentamos en el medio. Los reyes estaban al lado de Evan, mientras Lynn estaba a mi lado con Ric. Jacqueline tomó asiento al junto a la reina. Seleste quedó en una de las mesas de nuestra derecha con un hombre a su izquierda, quien supuse era Marco.

La cena se veía deliciosa y por más que trataba de pasar bocado, con solo olerla sentía que iba a vomitar. Solo la moví por el plato y bebí el champán que se encontraba en mi copa. Al principio quise escupirlo, pero luego de un par de copas no me costaba tanto sonreír y me acompañaba un leve zumbido. Era consciente de que si continuaba bebiendo terminaría ebria en mi fiesta de compromiso, y una parte de mí sabía que no debía. Al resto, a la parte más grande, no le importaba.

—Mi madre quiere que nos saquemos un par de fotos —murmuró Evan en mi oreja.

Suspiré con fastidio, pero asentí de todas maneras. Él se levantó y esperó que yo lo mismo, ofreciéndome su brazo cuando ambos estuvimos de pie. Caminamos hacia centro de salón y nos dimos vuelta, enfrentando nuestra mesa. Algunas personas estaban paradas a los costados observando mientras los fotógrafos se ubicaban frente a nosotros. Sonriendo y acercándome más hacia el príncipe, interpreté la actuación perfecta. Otra vez me agradecía a mí misma saber mentir.

Sentí a Evan moverse un poco, giraba su cabeza continuamente hacia atrás. En una de esas veces, sentí que su cuerpo se relajaba un poco más y no pude evitar voltear a verlo con las cejas arqueadas, interrogantes, escrutadoras. Él me obsequió una sonrisa mostrando sus dientes, tan brillante de felicidad que parecía iluminar el salón aún más.

Bueno, ahí estaba el champán haciendo efecto, haciéndome pensar cosas cursis.

—Tu sorpresa está aquí.

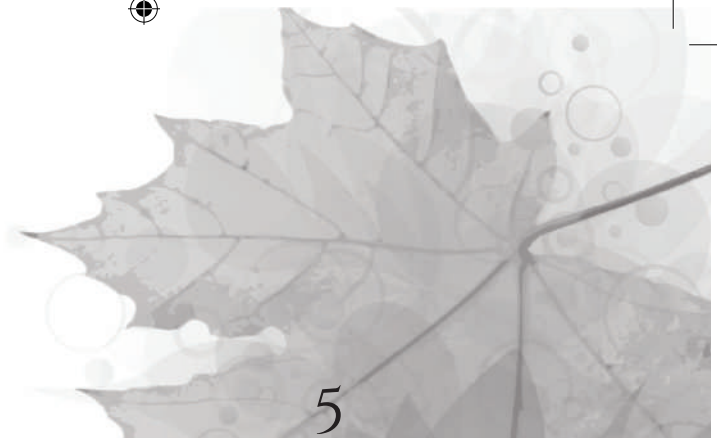
Hizo un ademán con su cabeza hacia atrás.

Enarcando una ceja, giré mi cabeza e ignoré las quejas de los fotógrafos. Al principio no entendía cuál podría ser la sorpresa, ya que solo había gente por todos lados, pero luego mis ojos se abrieron a la par y quedé boquiabierta cuando mi mirada se encontró con una muchacha rubia de pelo lacio, con ojos marrones y un largo vestido negro. Y me estaba sonriendo.

Solté a Evan al mismo tiempo en que mis ojos picaban en lágrimas de felicidad.

—¡Candace! —exclamé, silenciando a las personas a mi alrededor y caminando apresuradamente hacia ella, abrazándola apenas estuvo cerca.

En ese momento no me importaba nada. Ni Sean, ni Evan, ni Seleste, ni la perra-reina Lucinda. Mi mejor amiga estaba aquí y eso era lo único que me importaba.



Aún no podía creer lo que mis ojos veían. Candace estaba aquí, frente a mí, dándome su sonrisa singular. Sus ojos viajaban por mi atuendo y mi rostro, iluminándose con emoción y felicidad. Luego miró hacia mi izquierda y esbozó una sonrisa de gratitud.

—Gracias, príncipe Evan.

Un momento...

Volteé hacia él, quien se encontraba sonriendo con serenidad a mi lado, colocando su mano en mi espalda baja. Por un momento me pregunté qué rayos estaba haciendo y me tensé, pero luego recordé que se suponía que esta era nuestra fiesta de compromiso y me relajé. Podía echarle la culpa a Candie, era por ella que de repente se había olvidado de dónde estaba parada.

—¿Tú hiciste esto? —musité con una sonrisa formándose en mis labios.

Sus ojos verdes encontraron los míos y asintió con una expresión de orgullo. Me mordí el labio para que mi sonrisa no fuera tan grande y volví mi mirada a Candace, quien aún parecía estar iluminada por el deleite. No era extraño verla con el cabello lacio, pero sus ondas me gustaban aún más.

—Cielos, Brenda... Estás hermosa. Creo que nunca te he visto tan arreglada. Pareces una... —dejó la oración sin terminar y mordió sus labios, sonriendo con disculpa.

Una princesa.

Le brindé una sonrisa y negué con la cabeza, indicándole que no era necesaria una disculpa. Después de todo, era lo que sería luego de unas semanas. Todavía no estaba a gusto con la idea y tampoco podía hacer algo para estarlo. Era mi futuro y tenía que aprender a aceptarlo.

—¿Mis padres saben que estás aquí? —pregunté sin poder evitarlo.

La pregunta se formó en cuanto la había visto, pero no había tenido las agallas de cuestionar. No solo porque tenía miedo de saber la respuesta, sino también porque hablar de ellos solo me erizaba la piel de una mala manera.

Traidores.

Candie dejó salir un suspiro fatigado.

—Fue difícil convencer a mis padres, ¿sabes? Pero les conté que no estabas pasándola bomba en este lugar y además el viaje sería gratis, así que les pedí que no le dijeran nada a tus padres. Aunque si lo hacen, me enteraré cuando vuelva... No creo que me llamen con lo costosa que sería una sola llamada —agregó con una risita.

Reí un poco con ella, pero luego una oración en especial se repitió en mi cabeza innumerables veces.

—Espera, ¿gratis?

—Yo la invité —terció Evan. Giré a mirarlo sorprendida, mientras él solo sonreía—. Yo pagué.

—Ah... Bueno, muchas gracias —le di una sonrisa tenue—. Me encanta mi sorpresa. Estoy agradecida de que no sea otro anillo, definitivamente —dije riendo entre dientes.

Él se unió a mi risa y hubo algo en su mirada que me hizo sostenerla por un momento más. Era algo tan minúsculo y al mismo tiempo tan... Tan notable. Sin embargo, no podía poner mi dedo en ello, no estaba segura de que era, por qué me estaba

mirando de esa manera. Gracias a dios, y para no humillarme a mí misma, Candace jadeó atrayendo mi atención otra vez.

—¡El anillo! ¡Muéstrame el anillo de compromiso!

Evan y yo reímos, y ni siquiera llegar a moverme, Candace tomó mi mano izquierda y la llevó a su rostro, casi apretando su nariz en mis dedos. Murmuró algo en voz demasiado baja como para que cualquiera escuchara. No sé por cuánto tiempo estuvo observando con los ojos entornados el diamante, pero cuando la soltó, observó a Evan con una media sonrisa.

—Es hermoso. Gran elección, príncipe.

Evan abrió la boca para decir algo, quizá agradecerle el cumplido, cuando la voz de la reina Lucinda interfirió.

—Querido, me parece que ahora es un buen momento para que comience el baile, ¿no crees?

Una perra de la realeza. Eso era Lucinda.

Evan suspiró y asintió a regañadientes. Ella sonrió encantada y se fue a hablar con el DJ para tomar el micrófono. Era ridículo en verdad, ese tipo de cosas se hacían en las bodas, no en los compromisos; pero de nuevo, esto era Goldenwood, no Nueva York.

Candace ni siquiera tuvo que preguntar, me dio una sonrisa y apretó mi mano antes de caminar hacia alguna mesa. Con eso en mente, acerqué mi boca a la oreja de Evan.

—¿A dónde ha ido a sentarse? —pregunté en un murmullo.

—En la mesa de Seleste.

Escuché su sonrisa.

Yo también sonreí. A pesar de que este no era el día más feliz de mi vida —cuando para cualquier otra chica lo podría haber sido—, estaba feliz. Quiero decir, Candace estaba aquí conmigo, eso era motivo suficiente.

—*Bonsoir* gente adorable de Goldenwood —la voz de la reina Lucinda sonó fuerte y clara por los parlantes conectados alrededor del salón, silenciando a todos. Ella estaba parada en la tarima del DJ con el micrófono en mano—. Como todos ustedes ya saben, estamos aquí para celebrar la futura unión de mi hijo y su ahora prometida. Es costumbre en nuestro reino que la pareja tenga un primer baile como prometidos y luego en su boda como recién casados. Así que, vamos todos de pie alrededor de la nueva pareja favorita de Goldenwood y apreciemos el baile que comenzará su amor.

Mientras las personas aplaudían y se ponían de pie en el gran salón, Evan me tomó un poco mejor por la cintura y me condujo hacia el centro. Sin poder evitarlo, pregunté en voz baja:

—¿No se supone que el primer baile y todo eso es solo en la boda?

—Sí, en América y muchos otros países. No en Goldenwood. Las primeras veces aquí son importantes —respondió igual de bajo.

Solo asentí y dejé que me condujera al lugar correcto. De repente me sentí nerviosa, no solo porque uno de los brazos de Evan estaba descansando en mi espalda y atrayéndome hacia él, sino porque no sabía bailar. Sí, salía a fiestas en Nueva York y disfrutaba de los bailes, pero no eran bailes lentos. Jamás en mi vida había bailado un baile lento.

Mi expresión debía haberme delatado, pues Evan rio suavemente y soltó mi espalda, primero tomando mi mano izquierda y colocándola en su hombro, luego volvió a tomar mi espalda y su gran mano agarró mi mano libre, ambas suspendidas en el aire.

Le di una pequeña de sonrisa, llena de nervios, y él solo negó ligeramente con la cabeza, una expresión de diversión tiñendo su rostro.

Cuando la música comenzó con un suave violín, él colocó el lado derecho de su cara contra la mía, comenzó a moverse y a llevarme con él, y mis nervios fueron desvaneciéndose. Era como si estuviéramos flotando sobre el suelo con lo dóciles que eran sus movimientos, como delicados, suaves y ni muy lentos ni muy rápidos; al perfecto compás de la música. Ayudaba, también, el hecho de que tenía prácticamente zancos en mis pies y estaba a su misma altura.

Luego de un momento, más parejas comenzaron a unirse y eso solo me hizo sentir más aliviada. Si bien aún seguíamos siendo el centro de atención, ahora estábamos un poco más enmascarados.

—No sé cómo agradecerte por traer a Candace —susurré.

—No tienes por qué agradecérmelo —dijo de manera suave.

Incluso así, sentía que debía hacer algo por él, no sé si del mismo grado, ya que yo no podía invitar a nadie aquí, pero algo que lo hiciera sentir mejor, que le sacara un peso de encima. Cuando mi mirada se encontró con los fríos ojos azules de la reina Lucinda al lado de un fotógrafo, un foco se prendió en mi mente. Alejé mi cabeza un poco, solo lo suficiente para poder verlo a los ojos. Estaba sorprendida por lo cerca que estábamos, sin embargo, no lo demostré. Él, no obstante, abrió sus un ojos un poco más por la cercanía.

—*Tu mérites ce baiser, Evan*¹ —musité con determinación.

No le di tiempo de preguntar de qué estaba hablando, solo me acerqué y apoyé mi nariz con la suya, sintiendo cómo su respiración se entrecortaba ligeramente al momento en que cerré mis ojos. Sabía que un beso no era suficiente, tenía que hacer que pareciera real, que cualquiera que estuviera observando pensara que era un beso de dos personas que realmente se amaban.

1. Te mereces ese beso, Evan.

Ladeando solo un poco la cabeza, rocé mis labios con los de él, dejando en claro cuáles eran mis intenciones. Solo un beso, un simple pico, nada más. Tomando confianza en mí misma, apoyé mis labios sobre los suyos, complacida cuando, al instante, sentí los suyos presionando contra los míos. Su mano en mi espalda me apretó un poco más hacia su pecho, y sin poder evitarlo, moví la mano que estaba posada sobre su hombro hacia su cuello.

No duró más de unos segundos, por lo que cuando me separé, apoyé mi frente contra la suya y abrí los ojos, regalándole una sonrisa.

—Ahora estamos a mano —expresé gentil.

Estaba casi segura que la gentileza provenía del champán.

—Gracias por no odiarme, Brenda —dijo de la misma manera—. No invité a Candace para comprarte, lo hice porque sé que te hará bien tener a alguien de confianza a tu lado, aunque solo sean unos días.

Deleitada por sus palabras, sonreí y besé su mejilla.

—Lo sé. Eres muy bueno —reí entre dientes.

Imitó el gesto y soltó mi mano, dejando que se uniera a la otra en mi espalda. Apoyé mi mano derecha sobre su pecho, del lado de su corazón, y sentí cómo latía acompasado. Algo en eso me tranquilizó e hizo que la irritación que tuve todo el día se disipara apenas un poco. *Cursi. El champán.*

Nos mantuvimos en esa posición un rato más y podía admitir que estaba bastante cómoda. Como de costumbre, algo en Evan me inspiraba confianza y era extraño estar incómoda en su presencia, incluso si estábamos tan cerca físicamente como en este momento. Y él, asimismo, parecía disfrutar, ya que conservaba esa ligera sonrisa en su rostro. Eso solo mantuvo mi buen humor.

—No sé si han hablado luego de lo de hoy, pero debo advertirte algo.

Evan musitó con algo de diversión y advertencia al mismo tiempo.

—¿Qué? —pregunté confundida, separando mi cabeza de la de él un poco.

—Seleste está acercándose y tiene a Marco de su mano.

Presionó sus labios en una línea para no sonreír y sentí que alguien tocaba mi hombro. Sabía que era ella, por lo que tomé una respiración honda y giré a verla, con mi espalda rozando el pecho de mi ahora prometido. *Prometido... el champán.*

Había sido muy áspera antes, debía ser un poco más... Suave con ella.

—Hola —saludó ella con su siempre exagerada sonrisa—. Estás tan bella, Brenda. Espero que te haya gustado el vestido.

El hombre a su lado estaba sonriendo levemente. No le presté mucha atención.

—Gracias, Seleste. Y sí, me gusta... Gracias otra vez.

—¡Genial! Bueno, este es Marco. —Su sonrisa se disipó apenas, pero no de una mala manera.

Ya no era exagerada, sino genuina.

Marco extendió su mano y sonrió con cortesía.

—Un gusto.

Al contrario de todos los Bourque-Leveque, su cabello era rizado y oscuro, al igual que sus ojos. Aunque sí tenía la mandíbula fuerte y era muy alto, al igual que Alaric y Evan. No me sorprendía. Lo que sí me agradaba era que parecía que Lynn y yo ya no éramos las únicas ovejas negras en el castillo. Tendí mi mano y la apoyé sobre la suya, sabiendo que besaría el dorso. Para mi sorpresa fue un beso casto y educado, y su boca siempre con una sonrisa ligera. Bueno, ni muy perverso ni muy serio. Me agradaba, parecía normal. Muy normal para ser novio de Seleste, en realidad.

—Igualmente —sonreí retirando mi mano.

Pensé que vendría un silencio incómodo entre nosotros, pero mi prima salvó la situación con entusiasmo, como usualmente ella hacía, aplaudiendo sus manos cortamente.

—¿Lista para un poco de diversión esta noche?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, ahora pasarán música más movida y habrá mucho cotillón. Espero que te guste, la reina me dijo que podía gastar todo el dinero que quisiera en él y me fijé que hubiera del mejor —asintió para sí misma, conforme.

A mí me daba lo mismo el maldito cotillón. Yo solo quería tener un momento a solas con Candace, poder tener una de nuestras charlas y luego dormir cinco días seguidos.

Sin embargo, asentí y sonreí, sin atreverme a revelar mis pensamientos en voz alta. Si no quería pasarla mal en este lugar, tenía que aprender a mantener a Seleste en una buena postura frente a mí, sino estaría sola por el resto de mi vida. Yo sabía que Candace solo estaría aquí por unos días, lo más probable era que volviese para el día de la boda dentro de, aproximadamente, tres semanas.

No pasó mucho tiempo luego de nuestra charla cuando la música cambió radicalmente a una más movida, y podía admitir que estaba realmente sorprendida cuando vi que muchos de los que yo suponía diplomáticos de Goldenwood estaban bailando con sus esposas al tiempo que sostenían sus copas.

Bailé un rato con Evan, los adultos y jóvenes estaban más alegres por las bebidas y nosotros ya no éramos tan solicitados como al principio de la fiesta. Candace se nos unió minutos antes de que la gente del servicio entrara al salón con todo el cotillón.

El rey Richard y la reina Lucinda tenían grandes y exageradas coronas de plástico doradas sobre sus cabezas; Alaric tenía una

muy similar en la suya, mientras Lynn tenía una tiara de plástico dorada adornando su peinado, al igual que Jacqueline. Seleste nos tendió una a Evan y una a mí. La de él era igual a la de su hermano y mi tiara era igual a la de Jackie, pero en plateado.

Al principio los fotógrafos me parecieron fastidiosos solicitando fotos y más fotos con el cotillón excéntrico que había conseguido Seleste, pero luego de haber ingerido un poco más del champán de la realeza de Goldenwood, sonreía sin tener que fingir y posaba con Evan sin problemas. También les resté importancia a la reina y al rey bailando muy cerca de nosotros. Además de que el alcohol invadía cada vez más mi sistema circulatorio, tenía a Candace a mi lado y me recordaba que estar a punto de casarme con un príncipe no atenuaba el hecho de que yo aún era una adolescente y en este momento tenía la oportunidad de disfrutarlo.

Pero —el famoso *pero*— no duró demasiado. Luego de que pidieran un brindis —el cual hicimos sin dudar—, las náuseas que me venían persiguiendo desde temprano volvieron a atacarme. Cuando todos volvieron a lo suyo, justo después del brindis, mi equilibrio me falló y casi caigo de trasero al piso. Afortunadamente, Evan estaba a mi lado y me tomó por la cintura, atrayéndome a su pecho.

—Vaya, ¿estás bien? —preguntó murmurando en mi oreja.

—Yo... —respiré hondo, tratando de calmar mis ganas de vomitar, pero solo hizo que mi vista se tornara borrosa y todo comenzara a girar, así que cerré los ojos y apoyé mi frente contra su hombro—. No, no lo estoy —balbuceé.

—Oye, ¿qué pasa? —escuché a Candace preguntar y sentí su mano en el medio de mis omóplatos.

—No lo sé —respondió él. Se quedó en silencio un momento y luego su cuerpo se tensó—. Brenda, no has comido nada en la

cena. ¿Cuándo fue la última vez que comiste? —preguntó, su voz teñida de preocupación.

—Mmm... Ayer en la noche. Y luego vomité. Y luego no comí nada —agregué.

No había comido nada y todos sabían que no era bueno tomar alcohol sin comer, pero no me importaba. No la estaba pasando muy bien antes de que mis sentidos se nublaran. Ahora, sin embargo, me estaba arrepintiendo.

—Cielos —suspiró Candie.

—Debemos llevarla a algún lado para que pueda... Uhm, descansar —dijo Evan con firmeza.

Él quería sacarme de allí para que yo pudiera vomitar sin problemas. Eso me hizo reír. Mis rodillas flaquearon, haciendo que él se achicara un poco conmigo antes de ajustar ambos brazos a mi alrededor y mantenerme en el lugar. Pasé mis brazos alrededor de su cintura y froté mi frente contra la tela de su camisa, pues el saco se lo había quitado, y sonreí al olerlo. Evan olía tan bien.

Mientras tanto, la corona de plástico era retirada de mi cabeza.

—¿Está todo bien? —escuché la voz de Lucinda.

Eso me hizo reír aún más.

—Arpía —farfullé entre risas.

Pronuncié esa palabra demasiado bajo como para que solo su hijo pudiera escucharme, quien se limitó a reír conmigo y agregó un «shhh» para que no me avergonzara a mí misma. Lo abracé más fuerte y contuve mi risa, aunque mi cuerpo seguía vibrando por las carcajadas.

—Brenda no se está sintiendo bien, la llevaré a su cuarto —comentó él fingiendo tranquilidad.

—No, no puedes —negó la reina al instante—, si la gente aquí te ve salir con ella hacia las habitaciones de invitados, comenzarán a dudar. Llévala a tu habitación —ordenó.

Tenía ganas de rodar mis ojos hacia el cerebro, ponerlos en blanco por la frustración, pero no pude porque los tenía cerrados y porque actualmente estaban fuera de funcionamiento. Sentía otra ola de náuseas barrer sobre mí, pero no encontraba la fuerza para hablar y decir que necesitaba llegar rápido a algún retrete. El gemido de descontento no lo pude evitar.

—Bueno —acordó Evan con rapidez al escucharme—. Candace, ¿puedes ayudarme?

—Por supuesto.

—Yo iré también —dijo Jacqueline.

No hablé ni bailé con ella en toda la noche.

—Yo buscaré ropa en su habitación —agregó Selesté.

Hubo algunos cuchicheos y luego sentí que Evan caminaba conmigo, aún abrazándome. Después me encontré sentada en una de las sillas que estaban cerca y abrí mis ojos para ver a Jackie agachada frente a mí, desatando las tiras de los tacones blancos. Un brazo fuerte me levantó un momento después y de pronto estaba en el aire.

Al levantar la vista, me encontré con el costado de la cara de Evan e, investigando un poco más la posición en la que estaba, me di cuenta de que me estaba cargando al estilo novia, un brazo detrás de mi espalda y otro debajo de mis rodillas. Me sostenía como si yo pesara lo mismo que una pluma, y mis brazos ya estaban alrededor de su cuello. ¿En qué momento las había puesto allí?

Su rostro no mostraba señales de enojo o irritación, solo tranquilidad. Es más, en mi estado podía distinguir un brillo de alivio en sus ojos. ¿Alivio porque podíamos escabullirnos

—no exactamente— de la fiesta? No lo sé, pero allí estaba. Cuando los guardias abrieron las grandes puertas del salón, escuché algunas preguntas: «¿Por qué se están yendo?» «¿Por qué la futura princesa está en los brazos del príncipe?»...

Bla, bla, bla.

—La fiesta puede seguir, no se preocupen, la futura princesa no se siente bien porque...

La voz de la reina se cortó cuando las puertas se cerraron detrás de nosotros.

Ahí me di cuenta de que había más pasos detrás y giré mi cabeza para encontrarme con Candace, Jackie y Seleste. Mi prima llevaba mis zapatos en su mano. Me quedé en silencio, solo cerrando mis ojos y apoyando mi frente contra la fuerte quijada de Evan cuando sentí náuseas una vez más, suspirando. Él me apretó más fuerte contra su pecho.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

—Mmm.

No encontré fuerza para responder.

Un momento después, sentí que Evan subía las escaleras conmigo a cuestas y escuché que Seleste decía algo sobre ir a buscar ropa para mí. Me estaba quedando dormida en los brazos del príncipe y esa no era una buena señal. En cuanto abriera mis ojos, querría tener un retrete o balde a mi lado.

No sé cuánto tiempo pasó, pero escuché una puerta cerrarse y abrirse y luego ser descendida muy lentamente, hasta que estuve sentada sobre algo suave. Gracias a dios que fue gentil, sino ya hubiera estado vomitando sobre el lujoso suelo de la habitación en donde estaba.

Sentí una mano detrás de mis hombros y al instante supe que era mi amiga, así que dejé mi cabeza caer con lentitud hacia su hombro.

—Iré a pedirle un té a Nenna y algo para que coma, le hará bien —comentó Evan.

—Bueno, nosotras iremos sacando el vestido mientras esperamos a Seleste —dijo Candace.

Nadie dijo nada después de eso, pero podía adivinar que Evan asintió antes de irse.

—Bren, cariño, ¿crees que puedas ponerte de pie? —preguntó Candie.

—No sé —balbuceé.

—Vamos, nosotras te ayudaremos —dijo Jackie.

Candace puso su mano libre sobre mi brazo derecho y Jacqueline la imitó, ambas impulsándome hacia mis pies con lentitud. Aún con sus manos en mis brazos para que mantuviera el equilibrio, comenzaron a quitarme el vestido de a poco.

—Aquí tengo un pijama —escuché a Seleste justo después del ruido de la puerta.

—Bien —suspiró Jackie mientras bajaban la parte superior del vestido.

Abrí mis ojos, saqué mis brazos de los agujeros y puse mis manos en la tela, bajándola por mí misma. Me sentía muy inútil, y todo era porque mis piernas me estaban fallando. Sí podía hacer las cosas por mí misma, pero tenía miedo de terminar vomitando en donde no debía.

Seleste pasó una camiseta de mangas cortas por mi cabeza apenas mi torso estuvo libre y me senté de manera lenta cuando el vestido estuvo fuera de mí totalmente, tomando los pantalones cortos que mi prima me había traído. Cuando estuve cómoda, suspiré y les sonreí un poco a las tres muchachas que estaban paradas frente a mí, vestidas tan elegantes.

—Gracias, chicas. Lamento arruinar su noche —agregué apenas en un entendible murmullo.

—No digas pavadas —resopló Jackie—. Esta no era nuestra noche, sino tuya, y creo que la sobrellevaste bastante bien. Yo volveré en un rato si no te molesta, mi madre me matará si no lo hago. —Puso los ojos en blanco, sonriendo.

Reí entre dientes y negué ligeramente con mi cabeza.

—Por supuesto que no me molesta. Vuelvan, chicas, se merecen un poco de diversión. ¡Ah! Y traten de que la reina Lucinda no diga mentiras sobre mí —expresé con humor.

Ellas rieron conmigo y se pusieron de acuerdo. Candace parecía un poco renuente al principio, ya que había venido a verme a mí y no le parecía justo ir de fiesta cuando yo estaba a punto de desmayarme por no haber ingerido alimento, pero yo solo le dije que teníamos todo el día de mañana y que no le haría mal disfrutar de una fiesta de la realeza en Goldenwood. Jackie prometió que estaría con ella, así que no se pudo negar.

Cuando ellas se fueron, mi vista se revolvió por la habitación en la que estaba. Recién ahora recordaba que era el cuarto de Evan y no me sorprendía al ver su enormidad. Podía ver la puerta del baño semi-abierta, una arcada que, desde aquí podía ver, llevaba a una sala de estar y dos puertas grandes que también estaban entornadas, dejando ver su gran armario.

Sin darme cuenta, volví mi cabeza al frente demasiado rápido y sentí la bilis subiendo por mi garganta y mi vista dando vueltas. Coloqué una mano sobre mi boca y corrí hacia el baño, donde subí las tapas del retrete con rapidez y desespero, me arrodillé sobre los azulejos fríos y vacié mi estómago. Los ojos se me llenaron de lágrimas y no pude evitar sollozar mientras vomitaba. El vómito no solo raspaba mi garganta y dolía, sino que me dejaba tan débil que me costaba mantener el equilibrio.

No sé cuánto tiempo vomité la bilis y restos de alcohol, pero cuando terminé, mi rostro estaba empapado en lágrimas y mi

garganta ardía horrores. Bajé las tapas del retrete y apreté el botón que había al costado. Me levanté del piso con piernas trémulas y me acerqué al lavabo a enjuagar mi boca. Hice unos cuantos buches y cerré el agua.

No tenía la energía para volver a la cama, así que me deslicé por la pared hasta quedar un tanto desparramada en el piso. Cerré los ojos y dejé mi cabeza caer hacia atrás. Estaba exhausta.

—¿Brenda? —escuché la voz de Evan.

Ni siquiera había sido consciente de que la puerta se había abierto otra vez. Estaba demasiado ocupada sintiendo como el corazón latía en mis oídos y rebotaba en mis tímpanos. Cuando vio que no estaba por donde él estaba buscando, sus pasos se acercaron hacia donde yo sí estaba.

—Oye —llamó suavemente. No abrí mis ojos, pero curvé mis labios un poco para que supiera que lo había escuchado. Lo sentí a mi lado en un segundo—. ¿Estás bien?

—Mmm, sí. Solo acabo de revolver mi estómago —dije con voz rasposa.

Rio entre dientes, pero podía sentir su preocupación. Abrí los ojos parpadeando repetidas veces y lo comprobé cuando vi su expresión. Ahí me di cuenta de que se había deshecho de la pañarita, su camisa tenía los primeros botones abiertos y las mangas estaban arremangadas en sus codos.

No lo podía negar, Evan estaba muy bueno.

No, ese no era el champán.

—Vamos, Nenna te ha preparado un té que te hará sentir mejor.

Asentí e intenté levantarme, pero Evan pasó mi brazo por arriba de sus hombros y el suyo por mi espalda, impulsándome con ganas. Era una suerte que ya hubiera vomitado. Me condujo hacia su cama una vez más y corrió el edredón junto con las

sábanas, dándome lugar. En otra situación, lo hubiera negado y dicho que podría ir a mi propia habitación, pero estaba tan exhausta que ni siquiera podía negarme.

Me senté en el cómodo colchón y metí mis piernas debajo de las cobijas.

—No te acuestes todavía —advirtió Evan antes de que pueda hacerlo.

Levanté la mirada con confusión y él me sonrió, pasándome una taza llena de té. Debía estar más cansada de lo que creía, pues me pareció ver que el líquido oscuro tenía un ligero tinte dorado y lila. No era el champán, pero sí era el cansancio. Negué con la cabeza; debía dormir. Y ya.

—Bébelo despacio y después podrás dormir. Yo iré a ponerme ropa más cómoda mientras tanto.

Asentí y tomé el plato pequeño con la taza encima. Di el primer sorbo con algo de repulsión y renuencia, considerando que no era una gran fanática del té, pero tuve que volver a parpadear con sorpresa cuando líquido caliente suavizó mi garganta: era delicioso. Nunca antes había probado algo de ese sabor, tan suave y fuerte al mismo tiempo. Tan... Tan fuera de lo normal.

Evan volvió un momento más tarde, vistiendo pantalones de pijama azules y una camiseta blanca que ajustaba su musculosa pero delgada figura. Era de esos hombres que tenían músculos, pero no exageradamente. Solo la cantidad correcta.

Reitero: Evan estaba muy ardiente.

Ahora que estaba recuperando mis sentidos, ese pensamiento me hacía sentir culpable. Tenía que hablar con Sean. Tenía que conversar con él y contarle lo que estaba pasando, él debía olvidarse de mí. Entre nosotros ya nada sería igual, porque no habría un «nosotros». El solo pensamiento me ponía triste, así que lo hice a un lado. Por el momento.

—Luces constipada —comentó Evan con humor, sentándose a mi lado por encima del edredón.

Lo miré y sonreí con diversión.

—Lo estoy —dije fingiendo seriedad.

Dejó salir un par de melódicas y graves carcajadas, las cuales me hicieron sentir un poco mejor y sonreír más. Por ahora debía poner los pensamientos de Sean a un lado y pensar en eso cuando tuviera más tiempo.

—Vamos, Brenda. Termina el té —rio entre dientes.

Hice lo que me dijo, manteniendo una sonrisa. La taza no era muy grande, así que el té desapareció bastante rápido. Apoyé el plato en la mesa de luz y me di cuenta de que había una bandeja con un plato cubierto. Giré a ver a Evan con el entrecejo fruncido.

—¿Qué hay en la bandeja?

—Oh, la bandeja. Hay un par de cosas que Nenna preparó para que comas. Pero acabas de vomitar, así que será mejor que lo ingieras mañana. La tapa lo mantendrá en buen estado —sonrió gentil.

Le devolví el gesto y me recosté sobre la gran cantidad de almohadas y cojines que había detrás de mí. Sin poder evitarlo, me acosté sobre mi lado derecho con mis manos debajo de mi mejilla, mis ojos trazados en Evan.

—Lamento haber arruinado nuestra fiesta de compromiso.

Él negó con la cabeza y se acostó también sobre su espalda, su cara hacia mí.

—No lo arruinaste. En realidad prefiero estar aquí acostado que estar en esa fiesta —admitió.

Sonreí complacida. Entonces yo tenía razón, el alivio que había visto antes era por la huida de la fiesta.

—¿Qué piensas de lo que tu madre puso como excusa?

—No tengo idea, pero espero que no haya sido algo que nos ponga en una situación incómoda. La gente de alta sociedad de Goldenwood puede ser muy chismosa —terció con desaliento.

Dejé salir una risita y, antes de poder quejarme internamente por haber dejado salir una maldita risita que parecía de animadora, un bostezo hizo su camino hacia mi boca. Le sonreí a Evan de manera soñolienta, lo que lo hizo sonreír con algo parecido a la ternura.

—Duerme, Brenda. Te hará sentir mejor.

Asentí ligeramente y cerré mis ojos, aún con la sonrisa en mi cara.

—Estoy feliz de que no nos odiamos por esto —murmuré.

—Yo también lo estoy —respondió al instante.

Estaba tan cansada que me dormí en un instante, pero podría jurar que sentí una caricia en mi mejilla cuando estaba tambaleándome entre el mundo de los sueños y la realidad.

Cuando volví a abrir los ojos, no fue porque el sol estaba pegando en mi rostro, sino porque que se escuchaban gritos muy agudos en alguna parte del castillo que estaban haciendo eco por todo el lugar, y eso fue lo que me sacó de mis sueños. No estaba en la misma posición en la que me dormí, sino con mi espalda sobre el colchón. Era raro, la mayoría de las veces yo despertaba boca abajo. Una de mis manos estaba sobre la zona de mi ombligo, y la cálida y gran mano de Evan estaba apoyada justo arriba de mi muñeca.

Lentamente giré mi cabeza hacia mi derecha —recordando que ahora tenía el cabello más corto y no me estorbaba para nada— y me encontré con la relajada cara del príncipe. Tendría que haber enloquecido por estar en la misma cama con él, pero no lo hice. No solo porque él aún estaba arriba de las cobijas, sino porque pronto tendría que dormir con él todas las noches.

Sacando mi brazo por debajo de su mano, me incorporé en la cama al momento en que mi estómago rugía. Recordé la comida de la que él había hablado la noche anterior y no dudé ni un segundo antes de sacar la tapa que cubría el plato que estaba a mi lado. No tenía idea de qué era lo que estaba allí, pero se veía apetecible y yo estaba hambrienta.

Cuando terminé, me volví a dejar caer en las almohadas. Lo gritos en el exterior aumentaron y casi gruñía con fastidio.

Parecía que Evan pensaba lo mismo que yo, ya que él sí gruñó.

—Cierren la boca —balbuceó aún con los ojos cerrados y el ceño ligeramente fruncido.

—No creo que vayan a escucharte —dije divertida.

Abrió un solo ojo y luego lo cerró. Suspiró con desaliento y abrió ambos ojos, incorporándose de un salto. Luego de tallar sus ojos, apoyó sus codos sobre las rodillas y me miró aún soñoliento.

—Son fastidiosos, ¿verdad?

—Lo son —acordé riendo.

Él rio conmigo.

Interrumpiendo nuestras risas, la puerta de la habitación se abrió con un estruendo y Jackie apareció, todavía con sus pijama rosa y una expresión de enojo en su cara.

—Ambos deben venir conmigo. ¡Ahora! —dijo en voz baja, venenosa.

Vaya, en el corto tiempo que había estado el Goldenwood, nunca la había visto tan enojada. Me quité el edredón de encima y salí de la cama, Evan uniéndose. El suelo estaba frío debajo de mis pies descalzos, pero ella estaba caminando tan rápido que ni siquiera tuve tiempo de quejarme. Era obvio que estaba acostumbrada al lugar, pues caminaba con confianza. Para mí, seguía siendo un laberinto.

Llegamos a una puerta que estaba abierta: la reina y el rey estaban adentro, ambos fulminándose con la mirada. Lynn y Alaric estaban allí también; él estaba negando con la cabeza, mientras ella tenía una mirada de decepción y tristeza en su rostro. Era extraño, pero todos seguían con sus respectivas pijamas.

—¿Qué está pasando? —preguntó Evan con cautela apenas estuvimos adentro.

Todas las cabezas giraron hacia nosotros. El rey la desvió al instante y tomó asiento detrás del escritorio. Lynn bajó la mirada y Rick miró a su mamá con enojo y decepción. Jackie lo estaba imitando. La reina cruzó su mirada de hielo conmigo antes de mirar a Evan, su mirada suavizándose.

—Creo que es mejor si lo ven por ustedes mismos —dijo Jackie al mismo tiempo que caminaba hacia el escritorio y tomaba una tablet.

Caminó hacia nosotros de nuevo y puso el aparato frente a mí. Lo tomé y la miré con curiosidad antes de observar hacia abajo, donde la página de noticias (y chismes) de Goldenwood estaba abierta. Allí estaba, la fotografía del príncipe de Goldenwood y su futura princesa, compartiendo un beso que lucía íntimo, a pesar del público que los rodeaba.

Me hubiera sonrojado si no fuera por el título que la noticia llevaba:

«Futura princesa de Goldenwood: Brenda Morel, ¿embarazada?».

Eso estaba arriba de la foto. Debajo, había un corto epígrafe y más abajo una descripción, una que casi hace que me desmayara:

«La fiesta de compromiso del príncipe de Goldenwood, Evan Bourque, y la futura princesa y su prometida, Brenda Morel, concurrió tranquilamente y como era de esperarse: fue una fiesta inolvidable. La felicidad y el amor de la pareja era palpable en el

aire. Pero, por supuesto, eso no fue lo que llamó la atención de los invitados.

El beso compartido en público fue solo el principio, ya que luego del gran brindis, la futura princesa casi se desmorona en el suelo, y así hubiera sido si el príncipe no la hubiera tomado en brazos. Ambos dejaron el salón de fiesta para que la señorita Morel pudiera descansar, y cuando se le preguntó a la reina qué había sucedido, ya que ella había estado a su lado, confesó que había sospechas sobre un nuevo miembro en la familia pronto, y no solo porque Brenda Morel estaba por casarse dentro de dos semanas y media, sino porque parece que está esperando un bebé!

“Es una de las razones por las cuales la boda será tan pronto, queremos que estén casados antes de que ella dé a luz y se note la barriga” argumentó la reina Lucinda.

Bueno, parece que las cosas están yendo más que bien para la nueva pareja favorita real de Goldenwood».

Mis manos apretaron tan fuerte el aparato que mis nudillos estaban blancos, y si no lo soltaba pronto, lo rompería. Mis dientes rechinaban gracias a la fuerza con la que estaba apretando la mandíbula, acorde a cómo la sangre hervía por mis venas. Leí la noticia dos veces, mi furia subiendo cada vez más.

Maldita arpía.

—¿Acaso has perdido la cabeza?! —exclamó Evan a mi lado.

De reojo, pude ver como lanzaba sus manos al aire y fulminaba a su madre con la mirada. Una mano sacó la tablet de mis manos y lo agradecí en silencio. Estaba segura de que mis mejillas estaban rojas, pero no por la vergüenza, sino por el enojo. Mi paciencia había llegado a un límite.

—¡Oh, no pongas esa cara! —se quejó la reina—. Era la única excusa válida que encontré en el momento. Si no decía eso, ¿qué tendría que haber dicho? ¿Que Brenda estaba borracha y estaba a punto de vomitar la cena?

—¡No! —exclamó Jackie. Mis ojos estaban perdidos en el suelo, si miraba hacia arriba, no iba a poder controlar mi temperamento—. Podrías haber dicho que Brenda no comió en todo el día por los nervios y tomar alcohol le cayó mal, eso era aún más creíble.

—Además ella tomó champán casi toda la noche —terció Alaric en reproche, y no hacia mí, ya que era común que se tomara en esas fiestas según había entendido, sino hacia su madre—. ¿Qué clase de mujer embarazada bebe tanto alcohol?

—Brenda, por seguro. Con lo irresponsable que es...

—¡Suficiente! —exclamó el rey antes de que yo pudiera estallar—. Personalmente, creo que fue una buena estrategia... El Parlamento está feliz.

—¡Papá! —exclamaron horrorizados sus tres hijos al unísono, interrumpiéndolo.

—Pero... —dijo con voz fuerte y firme—, fue estúpido. ¿Cómo pretendes hacer ahora, Lucinda? —preguntó a su esposa. Me atreví a levantar la mirada, pues eso era algo que sí quería ver, cómo el rey regañaba a la perra-reina. Ella no mostraba ninguna expresión—. ¿Vas a poner una barriga falsa en Brenda y adoptar un bebé que tenga los rasgos de ella y Evan? —preguntó con sarcasmo y seriedad.

Ella bufó y se cruzó de brazos.

—Por supuesto que no, eso es ridículo.

—Bueno, lo que usted ha dicho es bastante ridículo también —mascullé sin poder evitarlo.

Sus ojos azules encontraron mis ojos marrones. Podía sentir los ojos de los demás en mí, pero no me importaba. Estaba enojada. Furiosa. Ya había tenido demasiado.

—Tú no tienes nada para decir aquí, si no fuera porque bebiste de más, todo esto no hubiera sucedido.

Se encogió de hombros con desdén.

—¿Está jodidamente bromeando? —bramé, acercándome al escritorio, ella estaba detrás, parada al lado del rey—. ¿Está pretendiendo que me embarace de un día para otro cuando recién he conocido a su hijo? Y lo que pasó anoche no fue porque bebí de más, fue porque no había comido nada desde la noche anterior, cuando, le recuerdo, me dijo que me casaría en menos de un mes como si me estuviera informando que tendríamos helado de postre. ¿Puede culparme?

Ella sostuvo mi mirada con desdén y desafío. Se acercó más al escritorio y apoyó sus manos en él, tratando de parecer amenazante, intimidante. No, ella no me amenazaba o me intimidaba, para nada, solo me daba asco y odio. Me repugnaba lo mala persona que era, por lo menos hacia mí y a su hijo.

—Yo hablé con tu madre antes de que vengas aquí, ¿sabes? Así que, dime algo, Brenda, teniendo en cuenta tu experiencia en la cama, ¿de qué color sería tu vestido de novia? ¿Negro? —preguntó con sarcasmo, cambiando de tema casi completamente. Escuché el jadeo de sorpresa de Lynn y Jackie, pero no desvié mi mirada—. Un hombre más, un hombre menos, hacerlo con Evan sin protección no será nada —agregó con indiferencia.

—Teniendo en cuenta mi experiencia en la cama, mi vestido de novia sería tan blanco como una hoja de papel... Usted no me conoce, reina Lucinda, y por lo que puedo ver, mi madre tampoco. Siempre hubo rumores sobre mí en Nueva York porque mi novio solía ser profesor en mi secundaria, yo siempre era la zorra

y eso nunca me ha importado. Pero ahora sí lo hace, porque realmente no lo soy. No estaré embarazada en ningún tiempo cercano, así que lo mejor será que desmienta esa noticia.

»Acepté casarme con Evan porque no tengo otra opción. Ustedes son los reyes y mis tutores legales, y aquí no estoy ni cerca de la mayoría de edad. No hay nada que pueda hacer para evitar eso, pero..., ¿quedarme embarazada? Suerte con eso.

Apretó su mandíbula con fuerza y me dio una sonrisa frívola.

—Eso lo veremos —dijo en voz baja, llena de veneno.